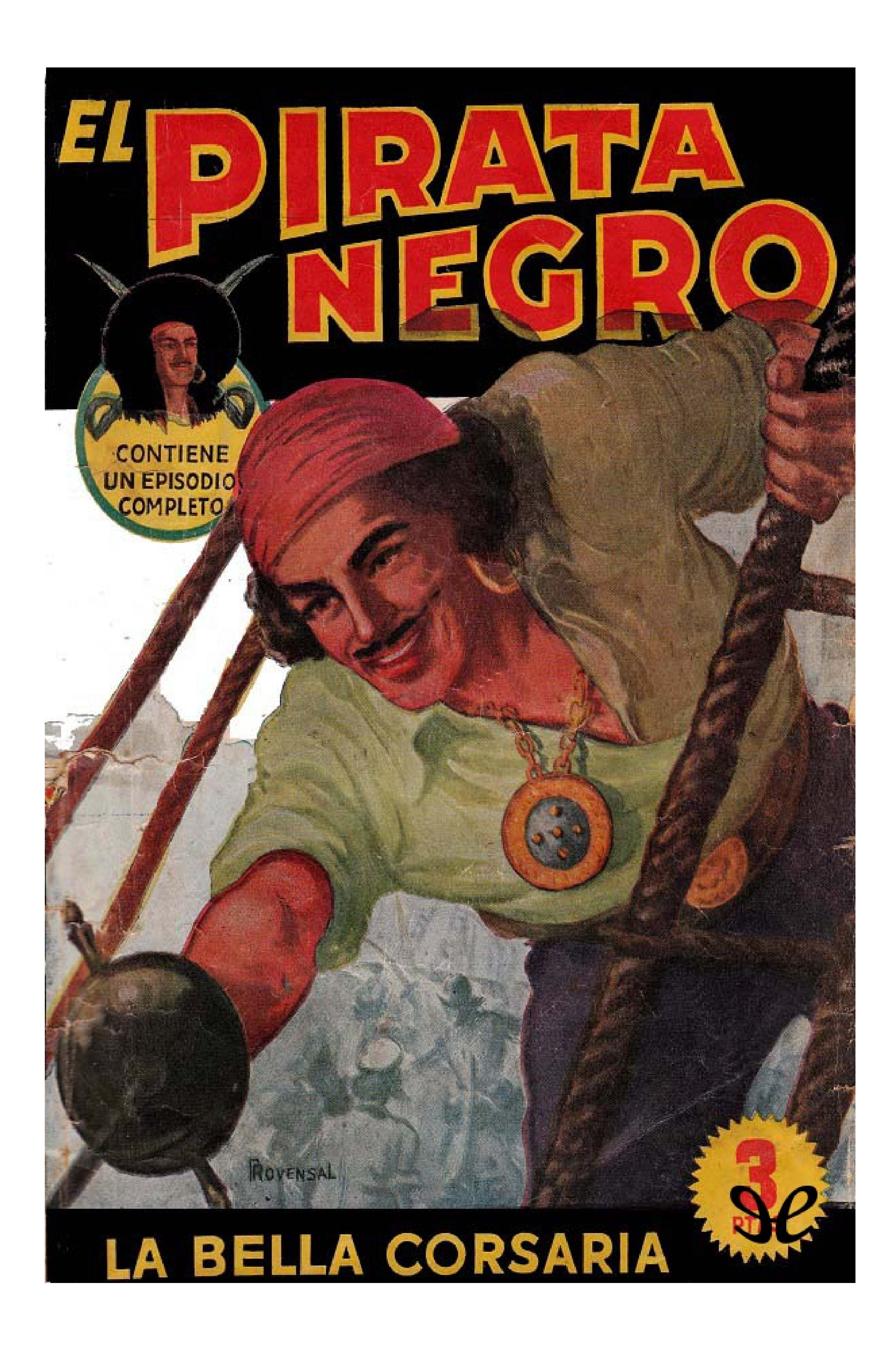

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE
UN EPISODIO
COMPLETO
PROVENSAL
3
LA BELLA CORSARIA

El «Flyng», galeón en el que había zarpado de Rotterdam Hugues Doorn con sus doscientos aventureros reclutados por dinero, era ya el único barco que se mecía en la ancha bahía natural de Port-au-Prince.

Hugues Doorn había saqueado concienzudamente una parte de la ciudad y los otros dos buques de la flota con los que había aplastado el primer intento de resistencia, habían partido hacia Holanda con el fruto de la rapiña…



Arnaldo Visconti

# La bella corsaria

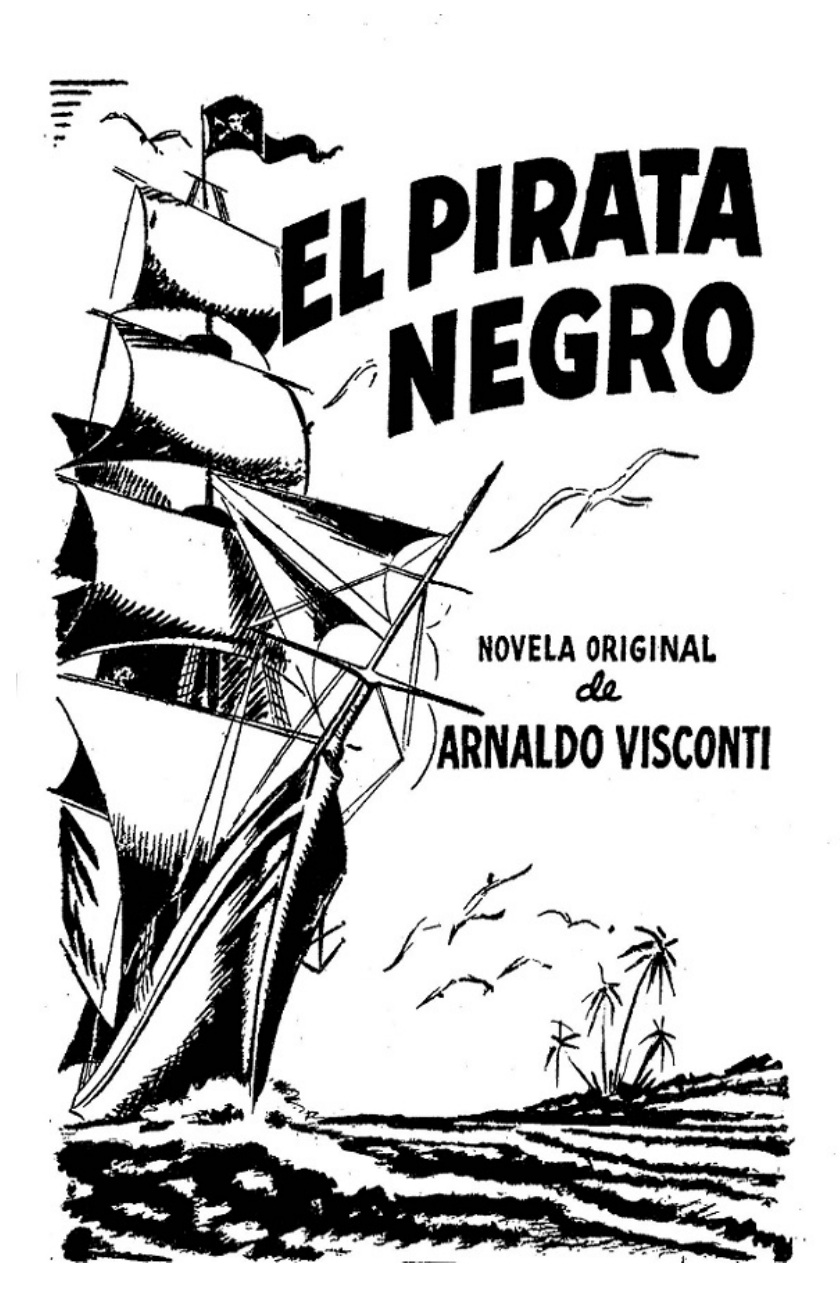
## El Pirata Negro - 2

**ePub r1.2**
**xico_weno** 14.09.15

Título original: *La bella corsaria*
Arnaldo Visconti, 1946

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




EL PIRATA
NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI


La BELLA CORSARIA

# Primera parte

## PARÍS

# Capítulo primero

**Los tripulantes del «Aquilón».**

La proa de la goleta abría un surco de espumeante blancura en la lisa superficie del mar y llevaba a modo de techo movible una bandada de gaviotas, que, procedentes de la cercana costa española del Cantábrico, revoloteaba rozando los soportes de la cofa.

Uno de los tripulantes de la goleta desmenuzó entre sus membrudas manos una hogaza de pan y esparció los trozos al vuelo tirándolos al mar.

Las gaviotas, graznando ansiosamente, se abatieron raudas sobre los flotantes mendrugos, mientras que desde la borda otros tripulantes contemplaban aburridos las riñas de las aves que se arrebataban mutuamente el alimento.

En el castillete de proa, que dominaba toda la cubierta, elevándose dos metros por encima del nivel de la restante estructura del barco, un hercúleo negro gigantesco sonreía ampliamente, masticando «hojas agrias», en pie tras un sillón dorado en sus molduras y tapizado de rico terciopelo.

Arrellanado cómodamente en el sillón, Carlos Lezama, el Pirata Negro, tendía las piernas hacia delante y, entornados los párpados, recibía de lleno la tibia caricia del sol sobre su desnudo tórax.

—Tenemos ahora una vecindad peligrosa, Tichli —dijo el Pirata Negro, balanceando su pierna izquierda, en la cual un pequeño simio se abrazaba—. La costa española-vasca está a la vista. Y mi barco a la vista de ellos. Si tú pudieras oírme y contestarme, me dirías que comprendes por qué peregrina razón navegamos tanto tiempo desde el Caribe para venir a meternos en la boca del lobo: Por suerte, eres sordomudo y no te atreverás a decirme que en el golfo de Gascuña pululan veloces barcos españoles y franceses, que serían felicísimos si pudieran apresar a mi «Aquilón».

Una de las gaviotas, remontándose tras el festín, rozó con una de sus alas el tosco dibujo del mascarón de proa, donde una mano poco artista, pero fuerte, había tallado en la madera unas letras que querían imitar sables entrecruzándose para formar la palabra: «Aquilón».

—Sería conveniente, Tichli, que recogieras de nuevo a tu macaco, porque empieza a cansarme el tenerlo que balancear como a un rorro en busca del sueño —y el Pirata Negro silbó agudamente al terminar de hablar.

Tichli, el piloto negro cubano, era sordomudo, y su tímpano, muerto a todo ruido, percibía solamente la resonancia del agudo silbido estridente con que Carlos Lezama le avisaba en los casos de peligro o cuando precisaba su ayuda.

El Pirata Negro designó con la diestra al mono que se abrazaba al empeine de su bota y señaló al propio hombro del negro, que le miraba atento. Tichli asió al monito-mascota, que castañeteó los dientes, enlazándose al cuello del negro y sentándose en el ancho hombro de ébano.

—Ningún vigía cuyos, ojos avizoren al «Aquilón» podrá suponerse tamaña desfachatez —siguió diciendo el Pirata Negro—. Y nunca dudes, Tichli, que es la mayor de las osadías el navegar por estas aguas surcadas por naves, de las Armadas española y francesa, que tendrían a mucha honra y recompensa el hundirnos o cargarnos de cadenas, Pero hasta ahora mi buena estrella ampara nuestro viaje, y como el secreto de la buena suerte es no abusar de ella, ha llegado el momento de pasar a la acción.

El Pirata Negro se levantó y acercóse al pasamanos del castillete, que dominaba toda la superficie de cubierta.

Ceñía sus negros y rebeldes cabellos con un pañuelo rojo anudado en la nuca, y las dos puntas del pañuelo caían sobre su robusto cuello, destacándole como dos llamas sobre la bronceada piel.

Alto y ancho de espaldas, el Pirata Negro exhibía, desnuda hasta la cintura, la prodigiosa musculatura, acerada y flexible, que le dotaba de una prodigiosa elasticidad felina.

Cruzó los brazos sobre el robusto pecho y relucieron al sol las aplicaciones de plata de sus muñequeras de cuero; la empuñadura del corvo sable de abordaje que pendía de su cinto semejaba un

arco de luna cabrilleando ante el negro paño de sus pantalones y sus altas botas «mosqueteras» de media vuelta.

Ladeó la cabeza hacia la costa española, fijando en ella la intensidad de su negra mirada centelleante, y el sol silueteó el perfil levemente aquilino de la corta nariz y el trazo firme de la boca, cuyo labio superior estaba sombreado por el fino delineado de un bigote negro y sedoso.

Acaricióse el Pirata Negro el lóbulo de su oreja izquierda, atravesado por el oro de un gran arete, y entreabriendo los labios, que dejaron al descubierto su blanca dentadura de agudos incisivos, silbó entre dientes con fuerza repetidas veces.

Los espaciados silbidos tuvieron la virtud de comunicar a los adormilados y aburridos tripulantes, que en su mayoría estaban tumbados encima de los cordajes arrollados, una disciplinada actividad, y en breves instantes se apiñaron en la base del castillete de proa, formando un abigarrado conjunto de multicolores y dispares vestimentas.

Miraban todos con respetuosa atención hacia el Pirata Negro, que, desciñéndose el corvo sable de abordaje, lo echó sobre cubierta entre los corsarios.

—Ahí va un símbolo, valientes —habló el Pirata Negro—. Vosotros sois duchos en combatir y en vencer, pero no sois hombres de letras, lo cual celebro. Desconocéis, pues, lo que significa un símbolo. Llevamos treinta días navegando a toña vela y han panado, próximas a nuestro navío, barcas que hubieran podido ser un rico botín. Y vosotros os habéis preguntado de oído a oído por qué no he dado la orden de zafarrancho de combate. El sable es el símbolo que os explicará mi actitud. Quedará a bordo entre vosotros, porque para la empresa que voy a acometer debo poner el pie en Francia y ceñir la espada de caballero. Y es una empresa tan codiciable, que pensando en ella he desdeñado las fáciles presas de los galeones que cruzaron sus rutas con mi «Aquilón». ¡«Cien Chirlos»! —Irritó.

Un corsario de rechoncha musculatura destacóse del grupo y mirando a lo alto exhibió una grotesca sonrisa que arrugaba en múltiples pliegues las cicatrices y costurones que poblaban su rostro hirsuto.

—Me alegra ver que has engordado, valiente —dijo el Pirata

Negro, inclinándose ligeramente sobre el pasamanos—. Treinta días de reposo, comiendo y bebiendo mejor, y ahora todos vosotros, bien cebados, pensáis que la vida es alimentarse como cerdos, beber como caballos, cantar como gallos y, por todo trabajo, rascarse la pelambrera al sol. ¿Veis la costa de babor? Allí está Francia, y allí estaré yo esta noche. Y mientras, vosotros, sin ningún reparo, seguiréis, tragando y acumulando sebo bajo el mando de «Cien Chirlos», él me substituirá y todos vosotros le obedeceréis como si de mi propia persona se tratara. Si os atrevierais me preguntaríais qué es lo que se me ha perdido en Francia. Os lo diré, mis valientes.

El grupo de corsarios se apretó más en el espacio de cubierta bajo el castillete de proa, y en todos los rostros elevados se reflejaba una profunda curiosidad y atención. Por fin iban a saber por qué habían navegado tanto tiempo sin combatir y sólo para internarse en aguas peligrosas.

—En un mesón de Panamá abunda el vino tinto y espeso, el vino que tanto os gusta, bellacos, y que tanto suelta las lenguas de los que no saben beberlo. Un francés que curaba sus heridas remojándose la garganta con exceso, me habló de su Francia, de su bonita y dulce Francia. Y me dijo que tenía que regresar pronto a ella porque un buen marinero ganaba siempre plata si era valiente y los piratas no le asustaban. Me explicó que el buen rey de Francia tenía que enviar próximamente mucho oro a las Antillas. El buen rey de Francia ha de remitir a sus gobernadores coloniales muchos lingotes de oro, porque esos lingotes amarillos, tan preciosos, le sirven para reclutar ejércitos mercenarios en todas las costas e islas de América.

El Pirata Negro juntó en el aire las yemas de sus índices y pulgares en arco, enfrentando las palmas de sus dos manos.

—Rellenad de oro el espacio que hay entre mis dedos, que se tocan por los extremos. Eso es un lingote y pesa mucho. Y serán miles y miles los lingotes con que el buen rey de Francia llenará la cala de uno de sus barcos, que en fecha próxima zarpará de esa costa que a babor veis. Pero yo he pensado y he decidido que esos lingotes estarán mejor y más seguros en nuestra cala.

Los gorros de lana, los averiados chambergos y los remendados tricornios de todos los corsarios bailaron unos instantes en el aire, lanzados por las manos de sus dueños, que prorrumpieron en

exclamaciones de entusiasmo.

—¡Cerrad las bocas, bellacos! —gritó el Pirata Negro—. ¿Creéis, acaso, que rebuznando y abriendo los gaznates os caerán en ellos los bonitos lingotes? Yo voy a desembarcar, sin vosotros, acompañado sólo de mi espada, para averiguar de qué puerto y qué día zarpará el barco, cuyo nombre ignoro también, y que ha de conducir en su cala «nuestros» lingotes de oro. Cuando lo sepa volveré entre vosotros y entonces me demostraréis prácticamente si el descanso ha estropeado vuestros músculos. Y «Cien Chirlos», al recibirme, me dirá si habéis respetado en todo como a mí mismo. Aquel que le falte bailará delante de mí la danza de las siete colas. Ya conocéis lo bien que se baila cuando un látigo de siete correas plomizas hábilmente manejado, restalla entre las piernas y la cintura. Y yo sé manejarlo mejor que la cuchara. Naturalmente, también sé que no habrá necesidad de que lo empuñe, porque todos obedeceréis a «Cien Chirlos». Podéis largaros a la cala, y que el bodeguero reparta un cuartillo de ron de Jamaica por cabeza. Es un obsequio de despedida. ¡Andad!

El Pirata Negro miró sonriendo ni vacilante grupo, que no se decidía a marcharse. Al fin, uno de los corsarios habló al oído de «Cien Chirlos», que dándole un empujón, levantó el rostro hacia el castillete.

—Dicen todos, señor, que te desean buena suerte y que quisieran acompañarte.

El pirata Negro frunció el entrecejo fingiendo un profundo enfado y sus hombres, que le conocían, recibieron sus coléricas palabras con la misma gratitud que si les prodigara elogios, en los que era parco.

—¡Hatajo de seseras vacías!… ¿Acompañarme, ron estos rostros de malandrines peleones? Deseos me dan de ordenarle al bodeguero que eche por la borda todos los barriles y que sólo deje las barricas de agua. ¡Acompañarme! ¿Queréis, pues, que el «Aquilón» se pudra sobre las olas mientras nosotros nos pudramos encadenados en las prisiones del buen rey de Francia? En Francia sólo dejan y permiten la entrada a los caballeros. Andad a la bodega, mis valientes, y antes de beber chocad las copas y alzadlas deseándome buena suerte.

El Pirata Negro dio media vuelta, presentando sus espaldas a los

corsarios que, lentamente, fueron desapareciendo por el escotillón.

Carlos Lezama, sin volverse, moduló dos cortos silbidos y, prestamente, «Cien Chirlos» se encaramó al castillete de proa, donde, quitándose el mugriento gorro de lana, aguardó en silencio.

—Luego beberás tu ración, cara fea —dijo el Pirata Negro, asiendo al corsario por el centro del cinto—. Cuando obscurezca, Juanón, el del rostro mofletudo de angelote inocente, me acompañará remando en una lancha hasta la costa francesa. Allí me dejará y él se quedará esperándome y simulando ser un pescador español. Tú te quedarás al mando del «Aquilón». Navegarás siempre al pairo y rehuyendo el combate, cosa que te será harto fácil, porque el casco de mi «Aquilón» es el más veloz de todos los mares. De día te mecerás lejos de las costas y en latitudes poco frecuentadas; sólo de noche te acercará hasta divisar en el horizonte la línea roquera de la costa. Cuando Juanón encienda tres grandes fogatas en lo alto del monte aquel que ves entre los dos collados, será la señal de que yo he regresado. Las fogatas lucirán a las cuatro sonantes de la madrugada. Recuérdalo bien, valiente; todas las noches, hacia las cuatro de la madrugada, te acercarás lo suficiente… hasta la noche en que yo venga a pedirte cuenta de tu mando, «Cien Chirlos».

# CAPÍTULO II

**El capitán mercenario**

En la entrada norte del cinturón fortificado de París, cerca del barrio de San Dionisio, se erigía un edificio solitario, con ventanas ojivales adornadas de paganas esculturas.

Era la posada del «León de Oro», que por aquella tarde de mayo rebosaba en sus habitaciones interiores y en la cocina de sedientos soldados, los cuales, por su acento gutural y sus vestidos de tela rayada en vivos colores denotaban ser los jinetes alemanes llamados «reitres». (*Corrupción de la palabra Reuter, caballero, jinete*.).

Los «reitres» ofrecían sus servicios a quien mejor los pagaba, y si su destreza en manejar los caballos igualaba a su habilidad, en esgrimir el arma blanca, haciéndolos temibles en los campos de batalla, también era cierto que merecían la reputación sólidamente justificada de ser implacables vencedores y de poseer una fácil inclinación al saqueo y pillaje.

El grueso de la tropa mercenaria que se había alojado en el «León de Oro» estaba compuesta por cincuenta jinetes mandados por el capitán Hans Meyer.

El capitán Hans Meyer era un cincuentón corpulento, de encarnadas mejillas y cabellos grises y ralos que encubrían mal una cicatriz que le empezaba en el centro del cuero cabelludo y se perdía en su espeso bigote canoso, de guías enhiestas y largas.

Había depositado su larga espada de caballería y sus pistolas de arzón al alcance de su mano, encima del banco en que se sentaba, dando frente a la mesa de roble, en el patio de la posada. Hans Meyer conservaba solamente al cinto el largo puñal que los hombres prudentes del París del año 1698 sólo se quitaban para colocarlo bajo la almohada al acostarse.

Al otro lado de la mesa, un asustado y obsequioso posadero

depositó una jarra de vino con mano temblorosa, pensando en la «soldadesca teutona» que, distribuida entre las cocinas y las salas interiores, se resarcía de anteriores privaciones.

Hans Meyer bebió lentamente la gran jarra de vino echando hacia atrás la cabeza. Soplándose los mojados bigotes, vio por el rabillo del ojo cómo su corneta Grunch, hasta entonces echado indolentemente en el suelo, se levantaba para salir al encuentro de un jinete que entraba en el patio del «León de Oro».

El recién llegado era un joven elegantemente vestido de negro y de tez muy bronceada. Se apeó del excelente alazán que montaba, mientras Grunch, el corneta, tomaba la brida del caballo.

El extranjero se disponía a agradecer el gesto del corneta, que consideraba un acto de cortesía, pero se detuvo al ver que Grunch estaba abriendo los belfos del caballo y examinando sus dientes.

Retrocedió Grunch algunos pasos y mirando las manos y la grupa del caballo sacudió la cabeza con aire satisfecho.

—Demasiado buen caballo para ser montado por un diablo moreno, de bohemio gitano —dijo desvergonzadamente, en un francés gutural.

El recién llegado, sin esfuerzo alguno aparente, colocó su puño cerrado sobre el rostro del corneta, que cayó al suelo llevándose las manos a la nariz.

—Por charlatán e insolente, me he contentado con romperte la nariz. Ahora bien, por ayudarme a mantener mi caballo mientras me apeaba, toma un escudo.

Y el extranjero echó una moneda de oro a los pies del aturdido corneta que, sangrando por la nariz, intentaba con sus dos manos detener la hemorragia.

El capitán Hans Meyer acercó la diestra a su espada, aunque en su fuero interno reconocía que Grunch había recibido su merecido, y se dedicó a examinar con detenimiento al que venía hacia él.

Vestido enteramente de negro, desde las botas «mosqueteras» y el ceñido pantalón, hasta el jubón de piel y la camisa de moda, de cuello abierto, el recién llegado llevaba un sombrero de ancha ala recta y baja copa que, ladeado sobre una sien, descubría el negro cabello rizoso y rebelde.

Del cinto-tahalí con incrustaciones de oro, pendía una larga espada de duelista. Pero el capitán Meyer apreció con más

detención y ojos de conocedor la estrecha cintura y las amplias espaldas musculadas del extranjero que, parándose al otro lado de la mesa, apoyaba sus dos manos enguantadas sobre el borde opuesto al que se sentaba Meyer.

—¿Acaso este insolente trompetero está a vuestras órdenes, señor? —preguntó el recién llegado en francés de exótico acento.

—Sí. Lo está —replicó secamente Hans Meyer en el mismo idioma y con horrible acento.

—No os puedo, entonces, felicitar por la educación que dais a los hombres que de vos dependen.

—Por vuestro atuendo y vuestro acento sois extranjero.

—Vos también, porque no creo pretendáis hablar un francés de París. Pero ¿qué tiene que ver vuestra observación con la que yo os he hecho?

—Si buscáis querella, debo advertiros que soy el capitán Meyer y ejerzo la profesión de «reitre» desde hace treinta y tres años. Vos, en cambio, extranjero, aunque fuerte y al parecer original y temerario, no sois un profesional de las armas, pese a vuestra larga espada. Y os pregunto: ¿qué ofensa había en las palabras de Grunch, mi corneta?

—La franqueza siempre me ha deleitado, pero quien la emplea debe saber atenerse a las consecuencias. He partido el respiradero de vuestro corneta porque me llamó «diablo moreno y bohemio gitano». El sol ha acariciado mi rostro y mi cuerpo, pero ni soy diablo, ni soy bohemio, ni soy gitano.

—Vestís de negro, sois atezado y, para un rubio alemán supersticioso, como el pícaro de Grunch, semejáis la encarnación del «Dam Teufel» (*Condenado diablo*) de las baladas que las viejas recitan a la luz de la lumbre en las comarcas bañadas por el padre Rhin.

—¿Vos también apoyáis y mantenéis las palabras de vuestro corneta?

—Tengo cincuenta años, joven extranjero. Peleo cuando debo pelear. Si queréis, de todos modos, comparar el largo de vuestra espada con la mía, no veo inconveniente en ello; pero también os afirmo que no tengo gran empeño en medir con vos mi acero, porque soy un pirata de tierra y estoy reposando.

—Tampoco yo tengo gran empeño en que me perforéis —dijo el

extranjero, a quien Hans Meyer inspiraba una instintiva simpatía—. Podéis seguir pensando con vuestro corneta que soy un diablo moreno y un bohemio gitano, pero mientras no me digáis tales cosas en voz alta, podemos dejar quietas las espadas; y permitidme compartir con vos una jarra de buen vino.

—Aceptado —y Hans Meyer se puso en pie destocándose el gran chambergo emplumado—. Os dije ya que me llamo Hans Meyer, alemán del Nekar y capitán «reitre» de profesión.

El corneta Grunch, al sentirse el cerebro despejado, amartilló desde el suelo, como primera medida, el gatillo de su pistola y buscó con los ojos al «Teufel» moreno…

Pero al ver a su capitán destocándose ante el «bohemio gitano», volvió a enfundar su pistola, y, sorprendido placenteramente, recogió del suelo el brillante escudo de oro que había a sus pies. Debía de habérsele caído al extranjero, pero no sería él, Grunch, quien se lo hiciese notar.

Acatando la costumbre de la época, el extranjero quitóse el sombrero e hizo una leve inclinación de busto.

—Me llamo Carlos Lezama, español, viajero por placer y sin profesión determinada.

—¡Posadero! ¡Un blanco hamburgués! —ordenó Hans Meyer, sentándose cuando lo hubo hecho Lezama frente a él—. Me gustó la puñada que aplicasteis tan suavemente y con tales efectos sobre la nariz del corneta; el mozo es un insolente y debía haberse fijado en vuestras espaldas. Pero yo quizá hubiera exigido cuentas si no me hubiera complacido vuestro gesto de reparar la violencia merecida con un magnífico escudo de oro. No sois avaro de vuestros bienes.

—La vida es corta, y la peor muerte es morir con la bolsa llena.

La carcajada de Meyer coincidió con el entrechocar de los dos jarros que el posadero acababa de llenar con espumoso vino de Hamburgo.

—Me sois agradable, «señor» Lezama. Sabed que si alguna vez precisáis de escolta armada para vuestras baladas peligrosas bajo ventanas celosamente guardadas, o si necesitáis hombres decididos a todo para empresas mayores, os diré con sinceridad que, bien pagados, no hay tunantes más honrados y buenos luchadores que los «reitres» que dirige Hans Meyer.

—Lo tendré en cuenta, aunque nací con un carácter poco

amante de la lucha y más bien propenso a la paz. Por cierto, capitán: ¿os interesaría ganar cien doblones?

Hans Meyer apuró de un sorbo su jarro, limpióse el bigote con el dorso de la mano y se aclaró la garganta con una tos ronca.

—Si no se trata de matar a vuestra abuela para heredar, disponed de mí. Mientras no sea derramar sangre de mujeres o ancianos, Hans Meyer pone su espada a vuestra disposición.

—Ya os dije que soy de temperamento pacífico. Es mucho más fácil y reposado el servicio que de vos deseo. ¿Tenéis en la actualidad mucho que hacer?

—Libre hasta dentro de siete días, en que deberé escoltar una carroza hasta el litoral con todos mis hombres.

—Excelente ocasión. Desconozco París y Su corte, y deseo divertirme frecuentando la buena sociedad, que vos, por vuestra profesión, habréis tratado, aunque sea por la puerta falsa. ¿Podéis introducirme y presentarme entre los cortesanos caballeros amantes del juego y el buen vino? Me presentaréis como lo que soy: un español rico por casualidad y jugador por necesidad viciosa y desafortunada. Tomad.

Y Carlos Lezama echó sobre la mesa una bolsa repleta, que tintineó agradablemente a los oídos del «reitre», que prestamente la hizo desaparecer bajo su justillo.

—¿Y por eso solamente me dais cien doblones? No me gusta ganar dinero tan fácilmente, pero soy el hombre que necesitáis, y por esos cien doblones tan generosamente dados, podéis disponer de mí durante siete días enteros.

# CAPÍTULO III

**Una cena entre amigos**

A la entrada del puente de San Miguel, varios jóvenes vestidos con mucha elegancia y afectación constituían una humana barrera enlazados por el brazo y cerrando casi el paso en aquel estrecho callejón.

Detrás de cada uno de ellos, y a respetuosa distancia, estaban sus lacayos, portando cada uno de ellos la vaina donde se enfundaba la larga espada de dos filos y el puñal, cuya empuñadura tenía la suficiente anchura para servir como defensa de estocadas.

No era que el peso de las armas pareciera excesivo a los caballeros, sino que éstos sentían una gran satisfacción en demostrar a todo paseante que tenían a su servicio lacayos suntuosamente vestidos.

Parecían de buen humor, a juzgar por sus risas. Alguna que otra vez saludaban a las mujeres que pasaban rápidamente cerca de ellos, y lo hacían con una mezcla bien dosificada de cortesía e impertinencia.

Adustos y graves burgueses que pasaban cerca del grupo se alejaban murmurando por lo bajo, imprecaciones contra la insolencia de aquellos «gentilhombre» espadachines de la corte.

Por el empedrado pavimento del puente se acercaban dos hombres. Uno de ellos era un corpulento y canoso «reitre» con galones de capitán, y su acompañante, un individuo vestido enteramente dé negro, llamaba la atención, no sólo, por sil tez bronceada y su sombrero especial de anchas alas y copa baja, sino también por su bigote fino, trazo inusitado en aquella época.

—¡El cielo me valga! —exclamó uno de los jóvenes cortesanos —. ¡Ahí va Hans Meyer! Podrá, quizá, prestarme algunos escudos, y podremos así terminar esta aburrida diversión.

Y Gerard Duville avanzó al encuentro de los que desembocaban al extremo del puente.

—Tengo el honor de saludaros, «*monsieur*» Duville —dijo Hans Meyer, destocándose y barriendo el suelo con las plumas de su chambergo.

—Hola, hola, viejo bergante. Llegas oportunamente para resolverme una situación angustiosa. Los dados me han tratado mal últimamente, y mi padre no quiere desanudar los cordones de la bolsa. Pretende que yo viva con la pensión que mensualmente me fija, y ya nadie quiere fiarme porque mi padre es robusto y tiene una fuerte salud, que de todo corazón deseo que Dios le conserve larguísimos años. Pero mientras no se decida a morir, yo quisiera cenar espléndidamente esta noche en compañía de aquellos amigos, que, como yo, están sin blanca. ¿Puedes prestarme cincuenta escudos hasta cuando sea?

—Dejadme que os presente al caballero que me acompaña, «*monsieur*» Duville. Es un «ricohombre» español de noble familia acaudalada, y no hay hombre más original ni espléndido que el «señor» Carlos Lezama.

Gerard Duville respondió cortésmente al saludo de Carlos Lezama, el cual, quitándose del cinto una larga bolsa de seda, la ofreció al capitán Hans Meyer.

—Tomad, capitán. Parte de lo que os debo, a condición de que nos invitéis a todos a cenar dignamente.

—¡Bravo, bravo! —exclamó Gerard Duville—. Sois un caballero, «*monsieur*» Lezama. Con este gesto, me resultáis amigó de la infancia, y os quiero presentar a mis amigos.

Y, asiendo del brazo a Lezama, Gerard Duville lo llevó hacia donde, intrigados, aguardaban los demás.

—Ante vosotros, amigos, se encuentra todo un caballero español. El «señor» Carlos Lezama, hidalgo entero, que nos invita a cenar. Ante vos, «*monsieur*» Lezama, el barón de Dreuil, el caballero Issigny y el vizconde de Laon. Ved, amigos; le conté al caballero que los dados nos son hostiles, y, al parecer, la fortuna reserva sus mejores sonrisas para el «señor» Lezama. Vayamos, pues, al mesón del abuelo Perrin.

Y, dando el brazo a Lezama, el impetuoso y alegre Duville precedió a sus amigos, que aguardaron unos instantes para aturdir

al capitán Meyer a preguntas.

—No sé, señores, no sé —dijo Meyer—. Es un viajero español y tira el dinero como yo arrojo los huesos de pollo. Original y todo un caballero.

—Nos basta —comentó el barón de Dreuil—. Un hombre que desconoce la fea virtud del ahorro, es el mejor de nuestros amigos.

Pasando ante el Louvre, Duville fue explicando a Lezama los «escándalos» más recientes, y en diez minutos sabía Lezama el número de duelos a que las bellezas de la Corte, habían dado lugar. Vio que la reputación de la belleza de una dama estaba en proporción con el número de muertos que había motivado.

Detuviéronse los dos amigos recientes para dar paso a una carroza que, ricamente enjaezada, conducía a una dama, a la cual dedicó Gerard Duville un hondo saludo, epilogado por un aplastamiento de su chambergo sobre el corazón.

Ella, al pasar delante de ellos la carroza, pareció mirar con leve atención a Carlos Lezama, cuyo rostro desconocía. Al paso de la dama de la carroza, las plumas de los sombreros barrían el suelo y ella inclinaba con gracia la cabeza para devolver los numerosos saludos que la dirigían.

—Alta dama debe de ser quien tantos saludos y reverencias provoca —dijo Carlos Lezama con curiosidad.

—¡Flechado ya! —exclamó Duville—. Vigilad vuestros latidos, caballero. Todos estamos más o menos enamorados de Jacqueline de Brest, una de las bellezas de nuestra Corte y una las más peligrosas Circes para todos los galanes. Es una ciudadela inexpugnable —dijo Duville, suspirando cómicamente.

—¿Cuántos duelos cuenta en su haber? —preguntó Lezama, riendo.

—Por veintenas. Lo mejor de todo, es que una vez quiso ella batirse, y envió un cartel de desafío en teda regla a una dama de corte que pretendía que Jacqueline era una coqueta sin alma.

—¿No exageráis?

—Es lo que pensáis, porqué no conocéis las costumbres de este bendito París, hidalgo. No sería la primera que se batiese en duelo.

—Pero ¿esta preciosa doncella se ha batido como un vulgar matachín?

—Conseguimos reconciliar a las dos amigas, y enemigas

momentáneas. Jacqueline no es una coqueta sin alma; es una mujer que no ha querido aún a ningún hombre. En fin; ya estamos frente al mesón, y gracias a vos pasaremos una noche grata.

—Yo os debo el agradecimiento, porque me vais instruyendo en las galantes costumbres de Francia.

Entraron en la hostería, instalada en el centro de un jardín cercano a las Tullerías. Duville eligió una sala algo apartada al fondo del gran edificio. La sala, de techo bajo y espaciosa, fue pronto invadida por las voces y comentarios de los caballeros, que intercambiaban conversaciones dispares.

Cuando los primeros brindis habían sido ya pronunciados, Carlos Lezama, sentado junto a Duville, puso atención al oír, al extremo de la mesa, la voz del vizconde de Laon, que se acaloraba discutiendo con el caballero Issigny.

—¡Afirmo bajo mi palabra que Jacqueline nunca ha concedido la menor prueba de amor a ninguno de los que han rondado su belleza!

—¡Bah, bah! —Replicaba Issigny—. Decid mejor que nadie se atreve a acercarse a ella desde que la pone cerco Honoré de Ruypré.

—No cabe duda de que, aunque no es correspondido, Ruypré demuestra los celos de un tigre —intervino Duville—. Quiere lo imposible: que la insensible Jacqueline le ame. Dudo que lo logre; pero lo que sí es cierto es que nadie osará acercarse a galantear a Jacqueline mientras Ruypré la ronde.

—¿Quién es, pues, este caballero tan temible? —preguntó Lezama, por decir algo.

—Es uno de nuestros «refinados» más célebres —explicó Duville —, y como no sois francés, os aclararé lo que esto significa. Un «refinado» es un hombre galante que se bate en duelo cuando una capa roza la suya, o cuando un impertinente acatarrado tose cerca de él. En fin, un hombre que se pelea con su sombra.

—Ruypré llevó un día a un hombre al Prado de los Clercs, que es el terreno favorito para hundirse los aceros en el cuerpo con la mejor de las tranquilidades —empezó a contar Issigny—. Ambos se quitaron los jubones y desenvainaron. «¿No sois Jean de Auvernia?», preguntó Ruypré, a quien le parecía desconocer el rostro del que le había retado la noche anterior. «Ni hablar — replicó el otro—. Yo me llamo Flassard y soy de Normandía. Me

retó Coquelin de Perigord». «Tanto peor —replicó Ruypré—; nos hemos confundido mutuamente; pero, ya que estamos aquí, debemos batirnos». Y lo mató tranquilamente.

—¿Os repugnará, quizá, oír nuestras sangrientas costumbres, caballero español? —inquirió irónicamente el vizconde de Laon.

—Mi temperamento no es de luchador, señores. Matar por el placer de matar, es diversión que yo castigaría si tuviera poder para ello.

—Tenéis ademanes y silueta de trovador, hidalgo —dijo burlonamente el vizconde.

—Una bella rima no me disgusta, lo reconozco. Inconvenientes de mi temperamento soñador. Aunque tampoco rehuyo el combate con un buen frasco de vino, que aturde, pero no mata.

La mesa empezó a cubrirse de botellas y la mayor alegría empezó a reinar entre los comensales. Hans Meyer bebía, y comía, guardando silencio.

—Quizá es vuestra silueta de trovador —dijo Duville— la que hizo que ella os mirara, «*monsieur*» Lezama.

—¿Quién?

—Jacqueline de Brest. Y para ser un joven recién llegado a París, tenéis buen pie, porque Line no prodiga sus miradas. Suele pasar cortas temporadas en la capital; el resto del año desaparece misteriosamente en alguno de los castillos provincianos que dicen qué posee. Pero, hacedme caso: no os infatuéis y tratad de no seguir mereciendo la atención de Line. Lleva como perro faldero a Honoré de Ruypré, y, sin despreciar vuestra espada, creo que…

Se interrumpió Duville al oír la violenta discusión que acababa de estallar entre dos de los comensales.

—¡Esto es falso! —Decía el caballero Issigny.

—¿Falso, dices? —masculló el barón de Dreuil y su rostro pálido adquirió una lividez de cadáver—. He afirmado y afirmo, que lo haré de frente y no ayudado por mi lacayo.

—Yo me limito a repetirte lo que me han contado, barón.

—¡Mientes, pues, cual villano!

—¡Esas palabras te las vas a tragar hasta que te ahoguen! —gritó Issigny, acompañando su frase con una botella que arrojó a la cabeza del barón, quien, agachándose, evitó el golpe, y, derribando su silla, corrió a la pared para descolgar su espada.

Todos se levantaron, menos Carlos Lezama.

—¡Deteneos, locos! —exclamó Duville, colocándose delante del barón—. ¿Van a pelearse dos amigos por unas palabras de más o de menos?

—Una botella arrojada a la cabeza, equivale a un guantazo —dijo fieramente Dreuil—. Apártate, Duville, y tú, Issigny, desenvaina. ¡Al aire los aceros!

—Allá vosotros —dijo Duville tranquilamente y fue a sentarse de nuevo junto a Lezama, que trinchaba cuidadosamente una perdiz.

—¿Vais a batiros, señores caballeros, en la sala de un mesón como dos de mis reitres ebrios? —preguntó, escandalizado, el capitán Meyer.

—Acepto tú recriminación, capitán —dijo Issigny, haciendo ademán de envainar.

—Me parece que nuestro caballerito tiene miedo —sonrió Dreuil.

Tan pronto como oyó la provocación, Issigny apartó violentamente al vizconde de Laon, que quería apaciguarlo, y se, lanzó sobre su enemigo.

Los dos se atacaron con furor, pero Dreuil había tenido tiempo de arrollarse con cuidado una servilleta alrededor de su brazo izquierdo y se servía de este improvisado escudo para detener con destreza los golpes de mandoble.

Issigny, que había descuidado esta precaución, recibió una herida en la mano izquierda. La vista de su propia sangre le excitó, y con dos furiosos tajos diagonales separó el acero enemigo, atravesando, con ruda estocada el pecho enemigo.

Puso rápidamente el pie sobre la espada de Dreuil, que, caído en el suelo, lo había soltado, e Issigny levantó su arma para dar al vencido el golpe de gracia, atravesándole la garganta.

Pero sintió de pronto una férrea presión alrededor de su muñeca armada, y con un gemido de dolor soltó el acero. Carlos Lezama, con una sorprendente agilidad que pasmó a Duville, acababa de saltar por encima de la mesa y su diestra mantenía sólidamente el brazo de Issigny.

—Tened en cuenta, caballero —advirtió Lezama—, que el herido es un hombre desarmado y era ha poco vuestro amigo.

Con el rostro congestionado por la ira iba a contestar Issigny

violentamente, pero intervino Duville, conciliador:

—El hidalgo tiene razón, Issigny. Desconoce que nuestro reglamento del duelo autoriza a rematar, y tal costumbre debe de parecerle una atrocidad. Que en España no tengan un excesivo mal concepto de la caballerosidad francesa.

Desprendió Issigny su brazo, y, encogiéndose de hombros, procedió a verterse vino sobre la mano herida, mientras Dreuil era sacado en brazos por los lacayos. El vizconde de Laon acompañó al herido, y, envuelta su mano en una servilleta empapada, Issigny abandonó también la sala.

—Es lógico que vos, un ricohombre español, no estéis acostumbrado a estas escenas sangrientas —dijo Gerard Duville—. Estoy seguro de que nunca, habéis tenido un duelo ni matado a un hombre, aunque vuestro brazo es fortísimo. Pero, como ha dicho acertadamente Laon, semejáis, un trovador, aunque saltéis como un húngaro bailarín. Perdonad la falta de elegancia de mis compañeros; podrían haber aguardado para agujerearse a que vos no estuvierais presente.

—Sigamos cenando, Duville, y creedme si os digo que prefiero oír hablar de Jacqueline de Brest, a ojear matanzas por motivos fútiles.

Cuando Lezama salió del mesón y se hubo despedido de Duville, siguió andando en compañía del silencioso Hans Meyer.

—Parecéis mustio y apesadumbrado, capitán. ¿Tanto os ha afectado el percance del barón de Dreuil?

—Son jóvenes aturdidos cuyo pellejo me importa un ardite, señor Lezama. Yo soy un soldado de fortuna, y en nada me afectan escenas como la de que hemos sido testigos. Pero me molesta que en mi primera actuación como «guía» para vos, haya ocurrido suceso tan desagradable.

—No os preocupéis, capitán Meyer. No he perdido la noche. Os estoy agradecidísimo por haberme hecho conocer al Caballero Duville.

Y, tras despedirse de Hans Meyer, Carlos Lezama meditó en las palabras de Duville, que le había hecho adquirir un repentino interés por Jacqueline de Brest.

Entre otras cosas, el parlanchín Duville había dicho, refiriéndose a la bella francesa:

«… y es muy influyente, no sé si por su riqueza y juventud, o por su belleza y el encanto de su conversación. Cualquier hombre significado en altos cargos no se recata en discutir coa Jacqueline los asuntos más espinosos; y secretos. Si Jacqueline no fuera rica, podría serlo, simplemente, vendiendo retazos de las confidencias que recibe y sabe callar»…

Y Carlos Lezama pensaba que Jacqueline de Brest era una amistad digna de ser buscada, habida cuenta del secreto que rodeaba el punto y día de salida del barco, que había de transportar los lingotes de oro.

# CAPÍTULO IV

**El «Refinado».**

Gerard Duville entró en tromba en la alcoba del «León de Oro», donde Carlos Lezama dormía reposadamente…, lo cual no le impidió sentarse en el lecho y sostener una pistola amartillada en la diestra, con gestos repentinos y tan bien medidos, que causaron un cierto estupor en el francés.

—¡Diablos, hidalgo! Pasáis del sueño a la vivacidad con una rapidez asombrosa. O no tenéis la conciencia tranquila, o sois hombre más avezado a los peligros de lo que supongo. Pero ni me incumbe ni era para deciros esto a lo que venía. Hoy al mediodía hay una partida de caza, y acorralaremos al ciervo por los bosques. Es un espectáculo al que quiero que asistáis, para borraros la mala impresión del lance de anoche.

Cuando ambos desmontaron sus caballos frente al parque del castillo de Vincennes, un enjambre de mujeres desfilaba por los jardines, y, aunque simulaban entretener la espera del toque del «hallalí» cazador charlando entre ellas, vigilaban Sus ademanes porque sabían que eran admiradas.

Pero la más admirada era, sin duda alguna, Jacqueline de Brest. Vestía un traje de amazona verde jade, y su cutis, de una blancura uniforme, hacía resaltar la negrura de sus cabellos de azabache.

Sus cejas, bien arqueadas, que se tocaban en el entrecejo, daban a su fisonomía un aspecto de dureza orgullosa, que en nada perjudicaba, sino al contrario, al armonioso conjunto de sus rasgos.

Al principio no se distinguía en sus ojos azules más que una expresión de altivez desdeñosa, pero, al verla conversar animadamente, se percibía cómo sus pupilas se agrandaban y, dilatándose como las de un gato, llenaban de un sombrío azul su mirada.

Gerard Duville quiso alejar a su amigo del camino por el que avanzaba Jacqueline de Brest, pero Lezama parecía cautivado por la belleza de la francesa, y quedóse inmóvil, sin apartarse, aunque las mangas de seda de la casaca de Jacqueline rozaron su jubón.

Ella fijó unos instantes sus azules ojos en el exótico semblante y aspecto de Lezama, y dejó caer uno de sus guantes.

Iba Lezama a inclinarse, cuando un joven de rubios y largos cabellos: que se hallaba tras él le empujó rudamente para pasar y recoger el guante, que, besándolo con devoción, entregó a Jacqueline de Brest.

Ésta, sin dignarse dar las gracias al galante intruso, volvióse hacia Lezama mirándole con sonrisa despreciativa, y llamó la atención a Duville con un ademán, señalándole a su amigo español.

—Os distinguís acompañando al caballero extranjero, «*monsieur*» Duville —dijo ella en voz alta—; pero, si no queréis que sufra mengua vuestra galantería, regaladle un poco de ella al señor…

—Lezama, señora, Carlos Lezama me llamo. Perdonad lo que habéis interpretado como falta de cortesía, pero un guante en el suelo no puede vencer la fascinación que vuestros ojos ejercen.

—¿De qué me conocéis, caballero, para dirigirme la palabra directamente?

Y Jacqueline de Brest apresuró al paso, alejándose de los dos hombres.

—Es, indudablemente, bella y altiva —murmuró Lezama, e interrumpió su meditación al sentirse golpear suavemente en el hombro.

Volvióse, y vio a Gerard Duville, que, con expresión confusa, levantaba las cejas y los hombros en gesto de resignación.

—Ya ocurrió lo que debía ocurrir, «*monsieur*» Lezama. Habéis sido ofendido y debéis vengar la afrenta.

—¿Vengarme? ¿De quién?

—Honoré de Ruypré os ha empujado groseramente ante mucha gente, y, si no queréis que se dude de vuestra caballerosidad y valentía, debéis pedirle explicaciones.

—En un espacio tan reducido como es esta alameda, no hay nada de extraordinario en que me hayan empujado.

—Yo practico tanto como me es posible el divino precepto del olvido de las injurias. No quisiera embarcaros en una querella fatal,

pero estimo que es mi deber el advertiros que Ruypré, os ha empujado a conciencia, y no involuntariamente, Os ha empujado porque os quería afrentar, y, aunque no lo hubiera hecho, os ha ofendido igualmente, ya que, recogiendo el guante de Jacqueline, ha usurpado un derecho que os pertenecía. El guante estaba a vuestros pies, y, por lo tanto sólo vos teníais el derecho de recogerlo y devolverlo. Además, volveos y veréis al final del paseo a Ruypré que os señala con el dedo y hace mofa de vos.

Lezama percibió a Ruypré rodeado de varios cortesanos, a los que explicaba, riendo y señalando a él con la mano, algo que ellos escuchaban con grandes carcajadas.

—Bien, amigo Duville, Ruypré parece deseoso de que lo mate, y sería un acto de justicia por los muchos inocentes que él ha matado. Pero yo no soy un espadachín asesino como él y espero que, en su propio bien, me presentará excusas.

—¡Oh, oh, «señor» Lezama! Al oíros hablar, me maravillo de la seguridad con que afirmáis que lo mataríais. Lo que sí afirmo yo, es que Ruypré nunca ha presentado excusas a nadie.

—Entonces, va a ser éste un mal principio de semana para él. Algo parecido al de un conocido mío, al que ahorcaron un lunes. Ruypré me debe una satisfacción, y me la dará verbalmente o con su sangre.

—Me complace vuestra audacia, ya que no ignoráis que Ruypré es una de las mejores espadas de Francia. Os serviré de segundo.

Marchóse Duville para regresar con Honoré de Ruypré, que, sombrero en mano, inclinó su alta talla con una cortesía exagerada, preguntando con voz meliflua:

—¿Deseáis hablarme, señor?

—Tengo idea de que la pendencia es vuestro manjar favorito. Y a veces es también el mío. No os pido excusas porque seríais capaz de dármelas, lo cual me defraudaría.

La cólera hizo ascender la sangre al rostro de Ruypré, que, dominándose, colocó su puño sobre la cadera.

—Elegid armas, señor español.

—Vos mismo. Os doy está ventaja.

La fría sonrisa de Lezama irritó a Ruypré y divirtió a Duville, pasmado ante la serena impertinencia del «español».

—No acepto ventajas porque me llamo Ruypré. Vos, como

extranjero, estáis obligado a elegir las armas.

—Perfectamente, caballero Ruypré. La tizona con sus dos trinchantes es una buena arma, pero sus heridas desfiguran, y vos parecéis tener en gran aprecio vuestro lindo rostro. La espada sin filos y con punta agudizada sobre muela de piedra hace sólo un agujero diminuto y es más que suficiente. Escojo, pues, espada y puñal.

—Aceptado —dijo Ruypré—. A las nueve, mañana por la mañana, en el Prado de los Clercs.

Honoré de Ruypré se alejó con pasos rápidos. Gerard Duville miró sonriente a Lezama.

—¡Por la fe de mis antepasados! Habéis ganado el primer duelo, querido amigo. ¡Lástima que era sólo el duelo verbal! Si os lo proponéis, sacaréis de quicio una estatua. Debo advertiros que Ruypré emplea marrullerías en el campo del honor. Al cruzar los aceros tened presente una de sus fintas, que le costó la vida al capitán Leclerc, el famoso maestro de armas. Ruypré, en pleno combate, se lamentó, diciendo que la punta de su espada acababa de romperse. Leclerc colocó entonces su espada encima de su cabeza, previniendo el tajo altibajo, que era lo normal en un accidente semejante, pero la espada de Ruypré estaba entera, pues entró hasta la guarda en el pecho que Leclerc había descubierto, no esperando ningún puntarazo.

—¿Traidorzuelo, también, el boquilindo rubio? He conocido piratas —dijo seriamente Lezama— perseguidos y con la cabeza a precio, que eran corderos comparados con este bravucón asesino.

Resonó una algarabía de trompetas y cuernos de caza anunciando que la persecución del ciervo iba a empezar.

Un gran número de damas y jinetes ricamente ataviados, montando piafantes caballos, se agitaban en todos sentidos en el gran patio del castillo.

Los ladridos de las jaurías y el repicar de los cascos herrados, formaban, con los cuernos de caza, un estruendo que alborotaba el recinto hasta entonces silencioso.

Carlos Lezama montó su alazán y siguió al paso a Gerard Duville. Sin saber cómo, encontróse cerca de Jacqueline de Brest, que cabalgaba a la amazona un fogoso potro andaluz que golpeaba el suelo con los remos tascando el freno con impaciencia. Sobre este

caballo, que habría ocupado toda la atenciónˆ de un jinete ordinario, ella parecía hallarse tan cómoda como si estuviera sentada en un sillón.

Gerard Duville, con el pretexto de ajustar el hierro en la boca del potro andaluz, acercóse a Jacqueline.

—Mañana dos hombres pelearán por vos, señora —dijo a media voz—. Uno de ellos es mi amigo español, el que, seducido por vuestra mirada, olvidó de recoger vuestro guante.

—No me acuerdo ya de cómo se llama. Repetidme su nombre.

—Carlos Lezama. Respondo de que es un caballero… que no merece morir a manos de vuestra sombra.

—Sois un insolente, pero sois amigo mío porque siempre me habéis defendido de las murmuraciones. ¿Qué culpa tengo yo de que Ruypré, sin yo solicitarlo, se convierta en mi sombra? Sí, es lástima que el señor Lezama… Vamos a quedarnos rezagados, Duville. Hasta después.

Los jinetes abandonaban el patio al galope. Un ciervo acababa de ser lanzado al bosque, desapareciendo entre la floresta. Lezama observó la destreza y la intrepidez con que Jacqueline hacía franquear al potro andaluz todos los obstáculos que se presentaban.

Vio cómo Ruypré, en impetuoso galope, seguía la misma senda que él en pos de Jacqueline. De pronto, la amazona, separándose del grupo de jinetes que iban en cabeza, entró por un sendero que hacia ángulo con la alameda por la que seguían galopando el resto de los cazadores.

—¿Qué hacéis, señora? —Exclamó Ruypré—. ¿No oís que es por ahí por donde suenan los ladridos?

—Id vos por ahí dijo ella altivamente. —¿Quién os lo impide?

Ruypré no contestó y la siguió. Lezama hizo lo mismo, y al cabo de un instante Jacqueline tiró de las riendas, manteniendo su caballo al paso. Ruypré a su derecha y Lezama a su izquierda la imitaron.

—Montáis un magnífico alazán, señor Lezama —dijo Ruypré.

—Lo adquirí en Burdeos. Está afeado por un rasguño que recibió en Montcorty.

—¿Habéis luchado en Montcorty? —preguntó Jacqueline, sorprendida.

—No, señora. Soy español y nunca he luchado.

—Entonces, ¿nunca habéis oído la música de un arcabuzazo? —preguntó Ruypré, insidioso.

—Prefiero la música de la brisa entre las hojas susurrantes del bosque. Ruypré dio un toque a su bigote, sonriendo burlonamente.

—Nada sienta mejor a un caballero que una bella herida —dijo —. ¿No sois de mi opinión, Jacqueline?

—Si es una herida gloriosa, ganada en un campo de batalla, sí. Pero recibida en un duelo, se me antoja la más despreciable de las heridas.

—¿Acaso el señor Lezama os ha hablado particularmente, señora?

—No —replicó ella secamente. Lezama adelantó su caballo al de Ruypré y, cruzándolo ante él, le obligó a detenerse.

—Podríamos entrar tras uno de esos setos altos, caballero Ruypré —dijo en voz baja y cuando ella estabas lo suficientemente lejos—. Y os demostraré que me apremia comprobar si manejáis tan arteramente la espada como la lengua.

—Ante Duville, vuestro segundo, me he comprometido a mataros a las nueve, mañana. No antes.

—Id con tiento en lo que decís ante la señora, porque yo no soy ningún «refinado» y os podrían escocer las mejillas.

—¡Es una grosería, impropia de un caballero, lo que acabáis decir!

—Evitadme otra grosería «mayor» como sería la de confundir vuestras mejillas con el parche de un «tambor». ¿Veis como soy poeta?

Lezama volvió grupas indolentemente, yendo a reunirse con Jacqueline, que detuvo su caballo. Ruypré acercóse en silencio.

—Oíd, Ruypré: el ciervo está cercado, a juzgar por el «hallalí» de los cuernos de caza. No os perdáis el espectáculo.

—Dad vos la señal de galope, Jacqueline.

—Estoy cansada y me quedo aquí. El señor Lezama me hará compañía. Idos, Ruypré.

—Pero…

—¿Habré de decirlo dos veces? Picad espuelas.

Ruypré quedóse inmóvil y un rubor ascendió a su rostro al contemplar la burlona sonrisa del «español».

—La señora desea un diálogo particular —dijo el «refinado» con

amargo furor.

—Es preciso, por lo visto, hablaros con claridad, Ruypré —dijo ella—. Dejadnos, porque vuestra presencia me importuna. ¿Comprendéis ahora?

—Perfectamente, señora —respondió él, conteniendo su ira. Y añadió, en voz baja—: En cuanto a este trovador…, no os divertirá largo tiempo. ¡Adiós, señor Lezama, hasta pronto!

Pronunció las dos últimas palabras con énfasis, y, picando espuelas, partió al galope.

Jacqueline de Brest hizo andar al paso su caballo, caminando en silencio, y, levantando de vez en cuando la cabeza para mirar a Lezama como si se dispusiera a hablarle, apartaba pronto los ojos como si se avergonzase de no hallar la frase justa para iniciar el diálogo que deseaba.

Carlos Lezama comprendió que él debía allanar la entrada en conversación.

—Me enorgullece, señora, la merced y el honor con que me distinguís al permitir que os acompañe.

—Señor Lezama, ¿sabéis… sabéis esgrimir la espada?

—Algo, señora —replicó él, extrañado.

—Pero ¿tenéis seguridad en vuestro pulso? ¿Habéis tomado lecciones de armas con un buen profesor? En París muchos caballeros superan, a sus maestros de armas.

—Pierden, pues, en las salas de armas un tiempo que podrían emplear mejor.

—¿Mejor?

—Sin duda alguna. ¿No vale más oír la dulce voz de una dama que fundirse en sudor esgrimiendo en un salón de armas?

—Decidme: ¿os habéis batido con frecuencia?

—Nunca, señora. Pero ¿a qué obedecen vuestras preguntas?

—No debéis nunca preguntar a una mujer por qué hace tal o cual cosa. Al menos tal es el uso entre los caballeros franceses bien educados.

—Me adaptaré al uso —dijo Lezama* sonriendo e inclinándose sobre el cuello de su alazán.

—Si no os habéis batido nunca… ¿cómo os las compondréis mañana?

—¿Mañana?

—¡No seáis exasperante! Lo sé todo, y contestadme: ¿cómo os las compondréis mañana?

—Haré lo que pueda, señora.

—Me complace vuestra respuesta, porque no es la de un cobarde ni la de un espadachín. Odio a los hombres pendencieros, y, desgraciadamente para vuestro inicio, os vais a enfrentar con un hombre temible. Ruypré es la mejor espada de la corte. Es el rey de los «refinados».

—Así dicen.

—¿Y no estáis inquieto?

—Iría alegremente a la peor y más Cierta de las muertes, el de vuestras manos recibiera un talismán de suerte. Algo muy vuestro.

Impulsivamente, Jacqueline desabrochóse el cuello de la ceñida casaca y extrajo de su seno una plaquita de oro atada a un lazo negro delgado de terciopelo.

—Tomad y que os dé suerte.

Él se rodeó el cuello con el lazo y ocultó bajo su camisa la plaquita de oro.

—Un caballero francés habría dado gracias a la mano que le diera este talismán, señor Lezama.

El Pirata Negro se apoderó de la mano de ello y quiso llevársela a los labios.

—No, no; ya es tarde para reparar vuestro olvido.

—Pensad, señora, que si vuestro celoso adorador me mata, nunca más podré tener la fortuna que acabo, de perder.

—Quitadme el guante —dijo ella, tendiéndole la mano—. Lo odio porque es el responsable de que vos… —Y apretando los labios volvió la cabeza.

Lezama quitóla el guante y creyó sentir una ligera presión en su mano. Imprimió un beso prolongado sobre la bella y blanca piel satinada.

—Deseo que sepáis, señor Lezama, que ningún hombre, ninguno, puede decir sin mentir que yo haya correspondido a ninguna súplica de amor. No quiero que me creáis una coqueta sin alma, como pretenden. No os digo adiós…, sino hasta la vista, señor Lezama. Rezaré por vos.

Y, bruscamente, dio un fustazo a su caballo, que arrancó en desenfrenado galope. Lezama no la siguió.

Extrajo la plaquita que acababa de serle dada por Jacqueline, y acariciose pensativo el lóbulo de la oreja, donde echaba de menos su arete.

En la plaquita sólo había dos palabras grabadas:

«A ninguno…».

* * *

El lejano reloj del Louvre daba las ocho campanadas, cuando Carlos Lezama seguía durmiendo apaciblemente. Veía en sueños a la bella Jacqueline acudiendo al campo del duelo y encontrándole a él ligeramente herido. Aquellos blancos dedos serían la mejor medicina para sus llagas… Y aun en sueños, sonrió. Lezama con su eterno buen humor, llamándose farsante, ya que su viaje a París no obedecía a románticos impulsos sino a móviles codiciosos.

Despertóse instantáneamente, y la mano que había introducido bajo la almohada salió vacía. Gerard Duville acababa de entrar y parecía que en su rostro había una cierta tristeza, que se esforzaba en disimular, al sonreír y tender la mano a Lezama.

—Os traigo un puñal de empuñadura de concha, porque he pensado que no lleváis esa arma en vuestro reducido equipaje.

Lezama, levantándose empezó a vestirse. El puñal que le había llevado Duville atrajo su atención porque la guarda era una buena pieza de acero que, además de proteger el puño, estaba calado por infinidad de agujeritos, destinados a detener la punta del acero enemigo y aún a veces a trabarla de manera peligrosa.

—Con tan buen accesorio, creo que podré defenderme. ¿Y el capitán Hans Meyer?

—Excusadlo. Me ha rogado que os abrace de su parte, pero que… —Y Duville vaciló ostensiblemente.

—Decid sin miedo. Pero que…

—Que no quiere presenciar cómo un bravo y temerario español muere a manos de Ruypré —dijo Duville de un tirón, desviando la vista.

—Sentimiento que le honra y que tendré en cuenta. ¿Partimos? —dijo Lezama, abrochándose el cinto de la espada.

—Es hora ya —admitió Duville, y, hundiéndose el chambergo, bajó rápidamente las escaleras.

Cinco minutos después entraban en un bote para atravesar el

Sena. El batelero, conocedor del destino al que conducía a los dos caballeros, explicó con detalles cómo un mes antes, en el mismo Prado de los Clercs a donde se dirigían, un noble llamado Honoré de Ruypré le había hecho el honor de alquilarle el bote y había atravesado de parte a parte a su adversario.

—Calla, charlatán —ordenó Duville.

Al abordar percibieron en la otra orilla un bote en el que entraban Ruypré y el vizconde de Laon, como segundo y testigo.

—Creedme, Lezama —dijo Duville, mientras aguardaban a que llegase el bote—. Si la suerte os es propicia, matad sin compasión a Ruypré.

—No era ésta mi intención. Pero ayer tarde acumulé una serie de informes malísimos contra este caballero. Mata por placer como no lo hacen ni las fieras, ya que éstas matan para comer. Muchas madres lloran sin consuelo por sus hijos caídos bajo la espada de este «refinado» que se sirve de su habilidad para asesinar impunemente. El terminar con la carrera de crímenes de Honoré de Ruypré será una obra justiciera.

Los cuatro se saludaron desde lejos con profundas reverencias, y Honoré de Ruypré, quitándose el jubón, desanudó los cordones de sus medias-botas, para demostrar con ello que su intención era no recular ni un solo paso. Era una moda entre los duelistas duchos y experimentados.

A dos pasos de distancia, Carlos Lezama, tras quitarse el jubón, colocó su sombrero en el suelo, delante de mis pies. Levantó su espada aún dentro de la vaina y, con experta sacudida, hizo volar por los aires la funda, que fue a caer veinte pasos más allá.

Honoré de Ruypré miró con repentino interés la forma con que Lezama, apoyando la punta de la espada sobre su propia bota, flexionaba el acero.

—Vos os habéis ya batido —dijo Ruypré.

—Naturalmente, amigo. Muchas más veces de las que suman tus asesinatos. Te has desatado los cordones de las botas y te devuelvo la fanfarronada colocando mi sombrero ante mis pies. Y ahora incrústate en el cerebro la idea de que si tú eres un «refinado», yo desde los quince años hasta los veinticinco di clases de esgrima… Clases como profesor de armas, naturalmente. ¡En guardia!

Honoré de Ruypré colocóse en posición defensiva, manteniendo

contra su cuello la empuñadura del largo puñal con la hoja hacia abajo, cubriéndose el pecho, mientras con la diestra cruzaba la espada.

Los cuatro aceros entrechocaron al mismo tiempo, tanteándose hábilmente.

Lezama realizó la maniobra que un profesor italiano le había enseñado: «enlazar y desalojar el centro», y que consistía en ceder a la resistencia opuesta a la hoja enemiga, obligándola a avanzar repentinamente.

Chocó Lezama la empuñadura de su espada con la enemiga, haciéndola saltar, y, aplicando la hoja de su puñal sobre la adversaria, la aplastó más sobre el pecho que defendía, impidiéndole totalmente todo intento de ataque.

Colocó la punta de su espada en la punta del acero, y con la zurda, que asía la empuñadura del puñal, empujó violentamente a Ruypré.

—No eres de mi categoría, Ruypré. Toma de nuevo tu espada, átate las botas y procura recordar lo mejor de tu repertorio.

Honoré de Ruypré, pálido como un muerto, atóse los cordones de las medias-botas y fue a recoger su acero. Durante algún tiempo se limitó a parar las estocadas con extrema prudencia y sangre fría, flexionando las rodillas en leves saltos de retroceso cada vez que veía demasiado cercano el rostro bronceado, al que odiaba desesperadamente.

Hasta entonces Ruypré se había limitado a presentar la defensa cerrada de sus dos armas entrecruzadas. Dominado ya el desconcierto que le había producido verse desarmado tan pronto, atacó trazando círculos alrededor de Lezama, que, sin mover el Cuerpo y girando solamente sobre los tacones, paraba los golpes que hábilmente le prodigaba Ruypré «latigueando».

En un cruce rápido de aceros, lanzóse Ruypré de rodillas y, flexionándose con impetuosidad, levantó la espada de Lezama, y lo habría perforado infaliblemente si una circunstancia fortuita no hubiese intervenido la punta de la espada de Ruypré chocó con la plaquita de oro que Lezama llevaba colgada del cuello y, resbalando sobre la pulida superficie de oro, tomó una dirección oblicua.

En vez de penetrar en el pecho la espada atravesó la piel del costado y, siguiendo una línea paralela a las costillas, salió por la

espalda de Lezama.

Antes de que Ruypré abatiese el puñal con salvaje ímpetu, Lezama lanzóse esquivando la mortal puñalada y golpeó con el suyo la cabeza de su contrincante con tanta violencia, que él mismo perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Ruypré se desplomó al mismo tiempo que él, y los testigos, dada la rapidez de la acción simultánea, creyeron muertos a los dos duelistas.

Carlos Lezama saltó prontamente en pie y miró a Honoré de Ruypré, que, brazos en cruz sobre el césped y cara al cielo, no se movía.

El vizconde de Laon y Gerard Duville levantaron el busto de Ruypré.

Tenía el rostro cubierto de sangre y, limpiándoselo con un pañuelo, Duville vio que el puñal con el que obsequió a Lezama había entrado por el ojo derecho de Ruypré hasta el cerebro, produciéndole la muerte instantánea.

—Poseéis un brazo temible, hidalgo —dijo Duville, acercándose admirado al vencedor—. ¡Por la gloria de mis antepasados! ¿Qué van a decir los señores espadachines de París, cuando sepan que habéis obligado al rey de los «refinados» a morir con las botas puestas? Pero ¡estáis herido! Vuestro costado sangra.

—La estocada resbaló y lo que veis sólo es un simple rasguño.

Duville taponó el ancho boquete de la piel rasgada, y fríamente, con la insensibilidad de la época, declaró:

—Lástima que el escarmiento no le sirva de lección al propio escarmentado. No merecía Ruypré una muerte tan rápida, ya que a él le gustaba hacer padecer a sus víctimas. Y creedme si os digo, hidalgo, que abrigo dudas sobre vuestro pretendido temple romántico de trovador. Un hombre que esgrime como vos y que recibe un ojal en el cuerpo como si se tratara de una gota de lluvia, no es un ocioso viajero de tranquilo vivir. Sea como sea, me honro con vuestra amistad, porque muchas madres soportarán ya con tranquilidad la tardanza de sus hijos, puesto que ya no vive el asesino bravucón de Honoré de Ruypré —añadió sonriendo—. También Jacqueline os estará agradecida. Habéis desvanecido la sombra nefasta que se había impuesto a ella.

El vizconde saludó respetuosamente a Lezama cuando éste se

alejó en el bote acompañado de Gerard Duville. Y también Laon «rezó» su oración fúnebre sobre el cadáver de Ruypré.

—Ya era hora que te tomaran la medida, «refinado». Debo abandonarte porque se acerca un bote con gente armada, que, si no me engaño, son los señores sargentos de la vigilancia. Adiós, Ruypré; que tus nuevos hosteleros no te recuerden demasiado al diablo moreno que ha sabido vengar cumplidamente a todas tus víctimas.

Los sargentos de vigilancia hallaron solamente tendido sobre el césped el cadáver del que fue el «rey de los refinados», y que había sembrado en tantos hogares el dolor y el luto.

# CAPÍTULO V

**La cita**

Por la tarde, Lezama, acompañado de Duville, comprobó que en cierta forma había heredado el prestigio que anteriormente disfrutaba Honoré de Ruypré.

Gente a la cual no conocía de nada, le saluda con aire humilde y familiar. Los hombres, al hablarle, ocultaban su envidia bajo exteriorizaciones de extremada cortesía, y las mujeres le prodigaban ojeadas invitadoras por encima del arco de sus abanicos. La reputación de duelista era entonces el medio más seguro para allanar el camino amoroso.

Pero Carlos Lezama era indiferente a esta nueva situación, y buscaba solamente y en vano los ojos azules y las altivas cejas de Jacqueline de Brest. Regresó al «León de Oro» sin haberla podido ver.

Se disponía a cenar, acompañado del capitán Hans Meyer, cuando el posadero vino a anunciarle que una vieja deseaba verle en privado.

Fue Lezama a la sala baja, y una anciana muy bien vestida, y que le era desconocida, le entregó un pliego que esparcía un grato aroma. Estaba sellado con un hilo de oro y un ancho sello de cera verde, sobre el que, en vez de escudo o blasón, se veía un Cupido colocándose un dedo sobre la boca y, aureolándolo, una palabra española: «Callad».

Abrió Lezama el pliego, y sólo encontró una línea escrita con aguda letra grande y en español:

*«Esta noche os espera una dama».*

—¿Quién os ha dado esta misiva? —preguntó a la vieja.

—Una dama.

—¿Su nombre?

—No lo sé. Es española, según me ha dicho.

—¿De dónde me conoce?

La vieja levantó los hombros con una sonrisa desdentada.

—Vuestra reputación y vuestra galantería serán las que os han hecho conocido de ella. Decidme: ¿iréis?

—¿Dónde tengo que ir?

—A las diez de esta misma noche bajo el pórtico de San Germán. Alguien irá a buscaros par conduciros cerca de ella. Pero sed discreto e id solo. ¿Lo prometéis?

—Acudo siempre sólo cuando una dama me cita.

Ella hizo una profunda reverencia y se marchó.

Subió de nuevo Lezama y terminó de cenar frente al silencioso Hans Meyer, que de pronto husmeó en el aire.

—Desde que habéis entrado, señor Lezama, me parece oler algo suave, como de violetas húmedas… ¡Ah, perdonad! Será el pliego de pergamino que asoma por vuestro jubón. Permitidme un consejo de mi vieja experiencia. Los Ruypré son varios hermanos y muy rencorosos. Quizá la misiva que tan bien huele a manos de mujer no sea más que una invención para atraeros a una emboscada. Leed la Biblia: ved el pasaje que se refiere a Sansón y Dalila.

Y durante media hora el siempre silencioso Hans Meyer se desató en máximas filosóficas sobre la influencia dañina de la mujer en París y de la mujer en todo el globo.

A las diez en punto, Carlos Lezama apoyóse contra el pórtico de San Germán con los brazos cruzados, pero con la mirada vigilante, hasta que la misma anciana que le había llevado la misiva le cogió de la mano sin decir una palabra y echó a andar ante él.

Siempre en silencio, le condujo, después de muchas desviaciones que no tenían otra finalidad que desorientarle, hasta una callejuela estrecha y al parecer deshabitada. Se detuvo en el fondo, ante una pequeña puerta ojival muy baja, la cual abrió con una llave que sacó de su bolso. Ella entró la primera, y Lezama, cuyos ojos estaban ya acostumbrados a la obscuridad, la fue siguiendo… Tras él rechinaron pesados cerrojos.

—No temáis ninguna encerrona, caballero —dijo la vieja—. Vos mismo abriréis esos cerrojos para salir.

La vieja comenzó a ascender por una escalera estrecha y de peldaños desiguales que desembocaba en un pequeño rellano en el

que abrió una puerta. La luz que brotó de la habitación cegó por unos instantes a Lezama, que entró en una sala mucho más elegantemente amueblada que lo que habría hecho suponer la apariencia exterior de la casa.

Tapices de flores cubrían las paredes, y en el centro vio una mesa alumbrada por antorchas de cera perfumada y cubierta de frutas, dulces y ánforas de cristal llenas de distintos vinos. Dos grandes sillones colocados a los extremos de la mesa parecían esperar a dos comensales.

Varios pebeteros esparcían un aroma denso…

La anciana quitóse la capa y sonrió, exhibiendo sus encías huecas.

—¿Os agrada esta sala, caballero?

—Muy bella; pero si he de permanecer solo en ella, se me antojará poco agradable.

—Pronto os harán compañía, pero antes debéis hacerme una promesa.

—¿A vos? ¿Y sobre qué, misteriosa anciana?

—Me daréis vuestra palabra de caballero de que no intentaréis conocer la identidad de la dama que aquí vendrá.

—La condición es extremadamente rigurosa, habida cuenta de los perfumes qué habéis desparramado.

—Juradlo así, o tendré que conduciros de nuevo a la calle.

—Muchas precauciones son ésas, pero, en fin, tenéis mi palabra.

—Esperad, entonces, pacientemente; comed, bebed, y pronto vendrá a veros la dama española.

La vieja se marchó, y Lezama sentóse en uno de los sillones. No tocó ningún manjar ni probó el contenido de las ánforas. El silencio más profundo reinaba en la casa, y transcurrió un cuarto de hora, durante el cual su imaginación le representó, primero, a Venus Afrodita saliendo de uno de los tapices para ofrecerle una copa de vino en una concha de ostra. Después vio a Jacqueline de Brest con su vestido de amazona, y, por último, sonrió al ocurrírsele la horrible idea de que fuera la vieja la que pretendiera ser una dama española enamorada.

De pronto, sin que el menor ruido hubiese anunciado la visita, entró rápidamente una mujer enmascarada. Era alta y de talle esbelto; pero ni el pequeño pie calzado con escarpín rosado, ni la

mano diminuta cubierta por un guante bordado, permitían adivinar la edad de la desconocida. Su vestido era rico y sencillo a la vez.

Lezama, levantándose, saludó inclinando él gusto. Ella dio un paso hacia él, diciendo dulcemente en español:

—Dios os guarde, caballero. Sois aquí bienvenido.

—A vuestros pies, señora. Pero no debo ser tan bienvenido cuando vuestro rostro y cabello están cubiertos de lienzo y vuestra voz llega apagada.

Ella se fue a sentar en el sillón opuesto a Lezama, al que hizo ademán, de que se sentara también. Habló entonces en francés, pero empleando un acento extranjero que por instantes era pronunciadísimo y por momentos desapareció del todo.

—Señor, vuestra valentía me ha hecho olvidar la reserva, habitual en nuestro sexo y he querido ver si, además dé galante caballero, sabéis ser discreto.

—¿Tendréis la crueldad, señora, de conservar esa máscara que, como una nube envidiosa, me esconde los rayos del sol? Dejadme, por favor, que ponga fin a ese crimen de lesa belleza que es ocultar…

Ella rechazó con viveza la diestra de Lezama, que, inclinado sobre la mesa, habíase acercado a su rostro.

No, caballero, no. ¡Recordad vuestra promesa! —Y en tono más risueño añadió—: Arriesgaría demasiado al desenmascararme. Si por azar no fuese joven ni bonita… o no fuese de vuestro gusto…, quizá me dejaríais sola.

—Mostradme tan sólo vuestra mano, por favor…

Ella se quitó el guante perfumado y bordado y le tendió una mano blanca como la nieve.

—¡Conozco esta mano! —Exclamó Lezama—. Sólo hay una tan bella en todo París.

—¿Sí? Poco conocéis París. ¿Y a quién pertenece esta mano?

—A Jacqueline de Brest.

—¡Ah!… Ya sé quién queréis decir. Si, Jacqueline tiene unas manos bonitas gracias a las cremas de almendras de su perfumista. Pero yo me jacto de que mis manos son más suaves que las suyas.

Lezama, que había creído reconocer la voz de Jacqueline de Brest, empezó a dudar. Buscó en la bella mano la huella de un grueso anillo que había notado que Jacqueline llevaba; pero los

dedos que estaba viendo, redondos y bien formados, no tenían la menor marca ni deformación.

—¡Jacqueline! —dijo riendo la desconocida—. A Dios gracias, mi espejo me ha dicho que soy más bella que ella.

—Sobre mí honor declaro que Jacqueline de Brest es…, por ahora…, la más bonita de las mujeres que he visto.

—¿Estáis, pues, enamorado de ella? —preguntó rápidamente.

—Quizá; pero eso sólo a ella debería decírselo. Quitaos la máscara y mostradme si es verdad que en el mundo existe una mujer más bella que Jacqueline de Brest.

—Si decís que mi mano es bonita, figuraos que mi rostro está de acuerdo con ella.

—Ahora tengo la certidumbre de que así es, porque os acabáis de traicionar olvidándoos de disfrazar vuestra voz. La he reconocido.

—¿Es la voz de Jacqueline? —dijo ella riendo y exagerando su acento español.

—En efecto; sois Jacqueline.

—Estáis en un error. Escuchadme; soy una amiga de ella, y me ha mandado a esa entrevista con vos porque desea averiguar varias cosas. Ha creído que sería preferible que me las confesaseis a mí. Todo París conoce vuestra maestría en manejar la espada; todo París se pregunta quién sois, y ella se reprocha el haberos entregado un talismán.

—El qué yo deba mí vida a Jacqueline, ¿le produce a ella remordimientos?

—No sabía… no sabía ella que le debierais la vida. Y estoy segura de que no sentirá el menor descontento si su talismán os ha sido útil. ¿Sois, acaso, supersticioso?

—La espada de Ruypré chocó con esta plaquita. Vedla; lleva el arañazo que, debía atravesar mi corazón. ¿No pertenece, pues, mi corazón a Jacqueline? Decídselo así…, y a la vez, vos que sois tan amiga de ella, explicadme lo que significa esa divisa: «A ninguno»…

—Jacqueline se reprocha su actitud en la caza, que os demostró demasiado a las claras que vuestra presencia removió extrañamente una dulce emoción en ella, que se creía insensible. Y teme dejarse esclavizar por su naciente atracción hacia vos; no sabe quién sois. Podríais ser un aventurero…

—¿Tenéis la bondad de aclararme el significado de esta divisa?

Ella cogió de manos de Lezama la plaquita y presionó sobre un oculto resorte, separando en dos planchas lo que hasta entonces parecía ser un solo cuerpo unido. Otra placa semejante quedó en abanico junto a la primera y en ella aparecieron grabadas las siguientes palabras:

«… si no es con amor».

—¿Comprendéis ahora, caballero?… Jacqueline obedeció a un impulso que ahora lamenta… porque no sabe quién sois.

Carlos Lezama apoderóse de nuevo del talismán y se puso en pie.

—Vos sois Jacqueline, señora. ¿Para qué seguir ya ocultándomelo? Hablemos claramente, ¿queréis?

—No soy Jacqueline, pero os ruego habléis claramente.

—Si estuviera seguro de que sois ella, os revelaría con imprudencia algo que a nadie debería decir. He venido a París con una misión ingrata. Y si me amase, no podría seguir simulando ante ella lo que no soy, porque, sea cual sea mi profesión, y aunque fuera profesión villana, nunca Carlos Lezama podría engañar a una dama que le manifiesta un sentimiento que no merece.

La enmascarada cruzó las manos, una de las cuales desapareció en la gran escarcela que colgaba de su cinto de seda.

—Lo que más intriga a Jacqueline, señor Lezama, es un curioso detalle que como mujer observadora ha visto en vos. Tenéis en el lóbulo de la oreja izquierda un agujero… No es una herida; es un hoyo idéntico al que en las orejas femeninas permite la colocación de los pendientes. Vuestra tez es bronceada como la del hombre que expone con frecuencia su rostro al embate del aire salino y al sol de alta mar.

—Muy observadora es Jacqueline… Y decidme vos: ¿por qué hurgáis en la escarcela? También he observado que abulta, no con monedas, sino porque contiene un tubo de acero. ¿Me engaño al decir que vuestra mano tan delicada empuña, impropiamente, una pistola?

—Habéis acertado, señor Lezama —y la enmascarada apuntó al Pirata Negro con una pistola diminuta, pero de grueso cañón—. ¿Me diréis ahora quién sois y a qué habéis venido a París?

El Pirata Negro dio dos pasos atrás y reclinóse indolentemente

contra la puerta, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Podéis disparar cuando queráis, bella enmascarada. Yo nunca he desobedecido a ruegos femeninos, y sí, en cambio, he callado siempre ante exigencias imperativas.

—Vestís de negro, falta en vuestra oreja el arete, manejáis la espada como un corsario y… ¡sois el Pirata Negro!

Carlos Lezama sonrió profundamente extrañado.

—En París nadie me conoce, bella adivina. Sólo uno de mi villana profesión podría haber descubierto mi verdadera personalidad. Vine a París en busca de oro, pero creo que me marcharé solamente con una plaquita, talismán que besaré con devoción, no porque le deba la vida, sino porque me recordará a una noble dama cuyo amor sería el premio de mi sempiterno anhelo romántico, si ella no fuera una dama… y yo el Pirata Negro. Decídselo así… y disparad ahora, que aún estáis a tiempo, porque voy a retirarme.

La enmascarada dejó caer la pistola al suelo y, apoyando la cabeza sobre sus dos brazos cruzados, empezó a sollozar silenciosamente.

El Pirata Negro dio un paso hacia delante… pero se detuvo con amarga sonrisa.

—Adiós, Jacqueline de Brest. Lo que tengo de villano me impulsa a conseguir vuestro perdón, pero lo que tengo de caballero me vence y no puedo ofenderos con mi amor. Y tranquilizaos. Nunca más me veréis y nadie habrá de saber que contra mi piel, ardiéndome como si estuviera grabada en letras de fuego, llevo las palabras de vuestra divisa: «A ninguno, si no es con amor». Adiós.

Carlos Lezama abandonó la sala mientras Jacqueline de Brest seguía llorando sin ruido, con desconcertante pena íntima…

* * *

El capitán de «reitres». Hans Meyer recibió extrañado el abrazo de Carlos Lezama.

—¿Abandonáis ya París? Empezaba a tomaros afecto, señor Lezama. Quedaos aún unos días más. Pronto cumpliré mi trabajo pendiente y cuando se halle a bordo el cargamento de lingotes que el tesorero del Rey remite a las Antillas, entonces podré dedicaros todo mi tiempo.

El Pirata Negro se echó hacia atrás el sombrero y, apoyando los puños sobre las caderas, miró con ojos centelleantes de buen humor al capitán Meyer.

—¿Cómo decís, capitán?

—Parecéis sorprendido. He dicho que con mis cincuenta «reitres» escoltaré la carroza que depositará en la goleta «Jeanne-Marie» los lingotes de oro que llegarán a las Antillas el 15 del próximo mes. Y luego de asegurarme de que estarán a bordo, nada tendré que hacer.

El Pirata Negro echó hacia atrás la cabeza y sus carcajadas resonaron durante largos instantes.

Hans Meyer le miraba sorprendido.

—Perdonad y excusadme, capitán —dijo el Pirata Negro, recuperando la seriedad—. Es algo que no podéis comprender lo que me ha causado tanta hilaridad. Pensaba que Ruypré seguiría vivo y que yo no tendría una plaquita grabada que me quema la piel, como todo amor imposible, si vos me hubierais dicho antes lo que acabáis de explicarme…

—No comprendo…

—Y así lo deseo; que no me comprendáis y que sigáis teniendo un grato recuerdo del hidalgo español Carlos Lezama.

* * *

Instantes después, en plena noche y por la carretera que conducía al litoral galopaba a todo tren un jinete cuya negra capa se tendía recta tras sus hombros como dos alas de murciélago.

De vez en cuando reía a carcajadas…

Algún campesino, cercana el alba, al oírlo y verlo, se persignó supersticiosamente, pensando que el diablo debía de reír con aquella mezcla de burla y amargura…

# Segunda parte

## HAITÍ

# CAPÍTULO VI

**El hombre de los tulipanes**

Haití… «País Montañoso» en la lengua aborigen de los primitivos pobladores y separado de Santo Domingo por un anfiteatro de altas montañas selváticas que corona los extensos valles que, cual verdes alfombras se tienden hasta la playa, vivía en los albores del 1698 una existencia idílica.

Sus pobladores, criollos franceses, confraternizaban con los españoles y criollos de la vecina región de Santo Domingo.

Criollos franceses ocupaban en su mayoría los vergeles que rodeaban Port-au-Prince, la capital, pero compartían amistosamente el cultivo y aprovechamiento de las grandes riquezas del suelo haitiano con los criollos españoles procedentes de Santo Domingo.

La paz y el sosiego reinaban en la capital de Haití, hasta que a principios de abril del 1698, Hugues Doorn, el aventurero holandés, al frente de una flota mercenaria, atacó el puerto, y por la gran superioridad de sus fuerzas se apoderó de sus fortalezas y de la ciudad de Port-au-Prince.

Impuso su forzoso gobierno empleando una violenta crueldad y fueron tantas las ejecuciones con que aterrorizó a los criollos haitianos en la primera semana de su mando, que a los ocho días de la llegada de Hugues Doorn éste se jactaba de que en las calles de Port-au-Prince nadie pronunciaba su nombre si no era en voz muy baja y respetuosa.

El «Flyng», galeón en el que había zarpado de Rotterdam Hugues Doorn con sus doscientos aventureros reclutados por dinero, era ya el único barco que se mecía en la ancha bahía natural de Port-au-Prince.

Hugues Doorn había saqueado concienzudamente una parte de la ciudad y los otros dos buques de la flota con los que había

aplastado el primer intento de resistencia, habían partido hacia Holanda con el fruto de la rapiña.

Hugues Doorn distribuyó los noventa aventureros con los que se quedó de guarnición por los lugares estratégicos de la capital en destacamentos de diez hombres cada uno y efectuando el desarme total de los haitianos.

Hugues Doorn, tranquilizado y satisfecho se instaló en el edificio central de la fortaleza haciéndolo llamar pomposamente «Palacio de Doorn».

Grueso y linfático, Hugues Doorn ofrecía en su constitución anatómica un conglomerado de redondeces y adiposidades gelatinosas.

Su ancho rostro en el que brillaban malignos unos ojillos de un pálido azul, tenía la lividez insana del hombre que no es de mar.

Era común en aquella época que holandeses ricos y poco escrupulosos sufragaran los gastos de la empresa de ultramar por la que un aventurero sin ningún escrúpulo y pobre, reclutase gente de baja calaña que bajo sumando se comprometiese a devolver centuplicado el dinero invertido.

A los comerciantes no les impulsaba el menor afán colonizador ni ideal civilizador, sino meramente la ambición de lucro. Y Hugues Doorn, habíase lanzado al mar siendo hombre de tierra adentro, porque era cruel, carecía de sentimientos humanitarios y deseaba enriquecerse pronto, sin reparar en los medios.

Extendiendo su desbordante humanidad sobre el ancho sillón, Hugues Doorn se disponía a cenar copiosamente según solía hacer desde que un mercader de Amsterdam, ávido de aterrar riquezas sin importarle el origen, había abierto sus cofres para iniciar la empresa del pillaje de Port-au-Prince, la bella capital.

En el centro de la mesa, un gran recipiente de barro cocido contenía tierra negruzca y húmeda, de la que brotaban los tallos enhiestos de una docena de aterciopelados tulipanes puyos pétalos eran en cada especie de distinto color.

Haal Kenskoe el consejero-fiscalizador, que el comerciante de Amsterdam había impuesto a Doorn como vigilante y contable, cenaba al otro extremo de la mesa acompañando como siempre al aventurero holandés.

—¡Cuidado, torpe! —reprendió en «patois» Hugues Doorn,

alarmando, cuando uno de los criados haitianos que servía la mesa rozó con una fuente la enorme maceta de los tulipanes—. Si quieres conservar tu dura cabeza de salvaje, procura que mis tulipanes sigan siempre enhiestos.

Y el holandés, sin dejar de engullir vorazmente, miró con ojos acariciadores las aterciopeladas flores.

—Dentro de dos meses, Kenskoe, regresaré a mis «polders» y allí podré realizar mi sueño. Mis molinos rodearán el mayor jardín de tulipanes de toda Holanda y viviré lejos del mar, rico y ocioso, porque he sabido ganarme un merecido reposo.

—He comprobado que no eres muy amante del mar —observó el contable-fiscalizador.

—Me gusta el mar cuando se desliza tranquilamente por los canales fertilizando nuestra tierra y alimentando de savia esos carnosos tulipanes. Míralos, Kenskoe: sus pétalos son suaves como mejillas de mujer joven y ningún brocado de oro puede compararse en colorido al «esclosio» cuyo amarillo es de sol. ¿Y qué me dices del «blackness» tan negro que aún cerca de los candelabros parece invisible?

—Hablas a tiempo de negrura invisible, Doorn. No quiero entorpecer tu yantar, pero debo advertirte que corren rumores de que el Pirata Negro ha recalado en el sur de la isla a no muchas millas, en uno de esos escondrijos rocosos que sólo los piratas del Caribe conocen.

—¿El Pirata Negro? ¿Qué se me importa a mí ese corsario? ¿No mando cien hombres bien armados y decididos a todo? ¿No ocupan los puntos fuertes de la ciudad?

—He recogido los comentarios del pueblo de Haití. Rezan ocultamente para que el Pirata Negro les ayude.

—El hacha de mi verdugo ha cercenado más de mil cabezas haitianas y no está aún mellada. Cortará limpiamente el cuello de ese corsario si comete la imprudencia de acercarse a mis dominios. Pero dime, Kenskoe; si el Pirata Negro es un corsario, ¿cómo pueden esos salvajes de haitianos desear que él me releve en el mando? Sé que me llaman «el sanguinario tulipán», «el inhumano» y también «el azote infernal», pero esos apodos me deleitan porque demuestran que soy inflexible y no vacilo en aplicar la muerte cuando persigo un fin· Soy un pirata improvisado y he sabido serlo

mejor que el mejor de ellos. Pero no consigo ver la razón por la que invocan en su auxilio a un pirata verdadero.

—Nosotros, Doorn, tenemos una sentimentalidad práctica y no sabemos comprender esta sentimentalidad caballeresca y soñadora propia de la raza latina. Al parecer, el Pirata Negro es un descendiente de españoles que por motivos ignorados se hizo corsario. Pero no derrama sangre si no es la de otros piratas o aventureros que, como tú y yo, tienen por norma prescindir de toda sentimentalidad latina. Según han oído comentar mis escuchas, no hace más de unos meses el Pirata Negro ayudó a la hija del Virrey de Panamá a ajusticiar a un aventurero portugués que era el dueño de Panamá (*Ve «La espada justiciera», primer número de esta colección*). Y la figura del Pirata Negro por sus sentimentales hazañas se ha convertido en un ídolo legendario para los que se creen oprimidos y vejados en sus legítimos derechos. Y por eso los haitianos invocan al Pirata Negro.

—Llamaré la atención a esos salvajes. Tú, que tienes buena letra y has terminado ya tu frugal cena, toma copia del pregón que mañana durante todo el día leerán mis tamborileros por las calles de Port-au-Prince.

Hugues Doorn cruzó las manos sobre su panza y cerró los párpados mientras un criado colocaba frente a Haal Kenskoe el pergamino y la pluma de ave que el contable había pedido.

«Yo, Hugues Doorn, jefe de las fuerzas holandesas que dispensan una justa tutela y un patriarcal gobierno sobre el pueblo de Haití —fue dictando el holandés sin el menor asomo de humorismo, del que su acendrada maldad era incapaz— hago saber: Que será ajusticiado sin demora ni tardanza todo, aquel o aquella que hable o diga palabras que demuestren su criminal deseo de favorecer o anhelar la proximidad del vil corsario llamado el Pirata Negro. Hago también saber qué en el propio beneficio de mis gobernados, ofrezco la recompensa de mil florines al que se apodere vivo o muerto del Pirata Negro o me informe de su exacto paradero».

—¿Mil florines? —preguntó el contable consejero escandalizado en su sentido práctico—. ¿No te parece excesiva la recompensa?

—Si la diésemos, sí —y sin sonreír los ojillos de Doorn relucieron malignamente—. El que mate al Pirata Negro o me informe de su escondrijo, no podrá negar que le hemos dado mil

florines… después de que el filo del hacha de mi verdugo le cercene el cuello.

* * *

Un tamborilero holandés repiqueteó durante unos instantes en la gran plaza central de Petionville.

Algunos haitianos se congregaron a su alrededor dispuestos a escuchar una nueva relación de «ajusticiados» que siguiera alimentando en sus pechos la hoguera del sordo rencor y del inmenso odio que sentían por el «hombre de los tulipanes».

El voceador haitiano fue gritando en «patois» criollo la proclama de Hugues Doorn.

El grupo se disgregó con la mente llena de una sola idea: que el Pirata Negro acudiera en auxilio del aterrorizado Port-au-Prince.

* * *

A cinco leguas de la capital de Haití, unas cercas de maderos señalaban la propiedad de María Luz Muntión, la huérfana española que nacida de padres riojanos en Santo Domingo, los había seguido hasta Port-au-Prince y al morir ellos habíase quedado al frente de la pequeña «estancia» de cafetales y especias que le proporcionaba un digno vivir exento de preocupaciones.

Habíanse retirado a sus dormitorios las tres campesinas haitianas que tenían a su cargo el cultivo y las faenas agrícolas de la «estancia».

Eran ya las diez de la noche y pese a levantarse con la salida del sol, María-Luz no fue a su alcoba. Salió al, exterior del edificio y fue a sentarle en el banco natural que formaba las apiladas hojas de «sisal» que servían para alimentar el fuego de las cocinas y hornos.

De pequeña estatura, bien proporcionada, María-Luz poseía el exótico y dulce encanto de la criolla. Sus negros ojos tenían una luminosa vivacidad alegre que era desmentida en aquellos instantes por una expresión reflexiva que endurecía su aniñado semblante.

Y la noche idílica le invitaba, sin embargo, a que se sintiera agradecida por la magnífica, paz espiritual de aquel solitario paraje tibiamente plateado por los resplandores lunares.

Sobresaltóse repentinamente al percibir una alta silueta negra

que vuelta de espaldas a ella, empujaba la valla de madera por la que acababa de entrar en la «estancia».

Pero la respiración de María-Luz se normalizó al reconocer en el nocturno visitante a Miguel Henares, el rico estanciero español que a los treinta años había logrado ser uno de los más acaudalados agricultores de Haití.

—Buenas noches, María-Luz. ¿Desvelada a estas horas?

—No tenía sueño. Tampoco vos debéis tenerlo —dijo ella sonriendo.

—¿Otra vez, María-Luz? ¿Por qué persistes en no querer tutearme? Me harás creer de dos cosas una: o que te inspiro un absurdo respeto imposible ya que soy un hombre joven, o que te soy profundamente antipático y quieres conservar las distancias tratándome ceremoniosamente.

—No es eso —dijo ella riendo—. Es… no sé, algo que no puedo remediar.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —Preguntó él, sentándose sin esperar el consentimiento—. He venido para advertirte que digas a tu servidumbre que no pronuncien ni siquiera el nombre del Pirata Negro. Sólo esa nimiedad les podría costar el morir decapitados. Así lo ha hecho proclamar el maldito holandés. No pensaba verte, Marilú, pero ya que el cielo ha sido clemente conmigo, dime: ¿vas perdiendo ya el recelo? ¿Sigues creyendo que no son amistosas mis intenciones al desear tu compañía?

—¿Quién es el Pirata Negro, señor Henares?

—Tienes el talento de evitar las respuestas a las preguntas que no quieres contestar. Pero estoy tan dispuesto a complacerte en todo, que no haré, como tú y te aclararé quién es el Pirata Negro: Un hombre que prefiere el vivir aventurero y pícaro a una existencia normal de honrado trabajador. Pero es también una espada justiciera que defiende las nobles causas, porque tiene un alma noble.

—¿Y dónde se encuentra ahora?

—El mar es su «estancia» y las calas roquizas de todas las Antillas le Sirven sucesivamente de escondrijoˆ Hice ha poco un viaje al interior de la isla y al regresar supe incidentalmente dónde se oculta ahora el Pirata Negro, de regreso de una incursión a la propia Francia. Quizás acaben pronto las tropelías del maldito

holandés si el Pirata Negro abandona Agujahonda y se presenta en Port-au-Prince. Y ahora que he satisfecho tu curiosidad, satisface tú la mía. ¿Por qué aceptas mis visitas con recelo? Quiero que me tutees y me llames Miguel, porque no soy ningún sesentón achacoso, sino un hombre joven que te ofrece primero su amistad y más tarde lo que el porvenir decida. ¿No puedo aspirar a que tengas confianza en mí? Soy un hombre soltero, y mi vida es clara como tu tez; ¿por qué, pues…?

Miguel Henares se levantó repentinamente mirando hacia el camino que conducía desde la capital a la «estancia» de María-Luz.

Una carroza ligera, escoltada por cuatro jinetes, se acercaba a todo galope turbando el silencio de la noche. En el pescante se distinguía el rojo uniforme con el que Hugues Doorn, el hombre de los tulipanes, había vestido a sus lacayos.

—¡Es el maldito holandés, María-Luz! Y el camino por el que vienen no conduce a otro lugar más que a tu «estancia», porque han abandonado el camino general del interior.

Ella aproximóse más al español e inconscientemente rodeó su brazo con el suyo.

—Procura serenarte, Miguel. Tienes mal genio y debes dominarlo —susurró en voz baja—. No sabemos qué desea el holandés… pero estamos juntos, y es mucho mejor que no estuviera yo sola.

Miguel Henares, aunque interiormente asustado, intentó sonreír.

—Gracias, María-Luz: Al fin me tuteaste, aunque sea en un momento que me parece poco grato. Hugues Doorn no puede ir con buen fin a ninguna parte, pero menos aún a las once de la noche a una «estancia» donde bien sabrá por sus esbirros que sólo hay cuatro mujeres.

La carroza se detuvo frente a las vallas de madera y, ayudado por los dos cocheros, el adiposo Hugues Doorn descendió pesadamente. Llevaba un bastón de puño de marfil sobre el que se apoyaba cansinamente; en una hendidura de su lujosa casaca ancha, sobresalía el pomo de una espada de guarda cincelada.

Empujó la puerta y penetró en la «estancia» seguido de sus cuatro jinetes de escolta, avanzando hacia el grupo estático que formaban los dos jóvenes.

Una vez que estuvo frente a ellos se levantó el tricornio unos

centímetros sobre la peluca azafranada.

—¿Saludo, acaso, a María-Luz? —preguntó en «patois» inteligible.

Y sin aguardar confirmación a, su pregunta, enfrentóse con Miguel Henares.

—¿Tú qué haces aquí, haitiano? Estas horas son impropias para visitar una «estancia».

—También estás tú aquí, Doorn.

—Ten la lengua, haitiano. Yo soy vuestro dueño y he dispuesto que pasado el toque de queda nadie deambule por las calles. Y el toque de queda sonó hace rato.

—Tenía entendido que la orden era sólo para los de la ciudad y no para nosotros, los que vivimos en el campo y a cinco leguas de Port-au-Prince.

—Tus excusas me parecen algo sofísticas, pero no tendré en cuenta por una vez y en honor a María-Luz tu quebrantamiento de mis órdenes. Ahora, vete.

Miguel Henares iba a obedecer, pero algo que vio en la mirada despavorida de María-Luz le hizo detener su impulso.

—¿No me oíste? He dicho que te vayas.

—Estamos en mi «estancia», señor —intervino María-Luz, dulce, pero firmemente—. Y sólo yo tengo albedrío para disponer entre esas vallas quién ha de quedarse o quién ha de salir.

Hugues Doorn apoyó las dos manos sobre el puño de su bastón y examinó a la criolla con la misma atención que estudiaba los raros ejemplares de tulipán que en sus manos caían.

—Arrogante fierecilla tenemos —dijo burlón el holandés—. Tu aspecto engaña, María-Luz. Creí encontrarte jugando a muñecas y veo que posees un recio carácter voluntarioso. Son precisamente esos caracteres los que me gusta quebrar. ¿Es acaso este haitiano tu novio o amante?

Miguel Henares avanzó un paso.

—Mira lo que dices, Doorn. No debes ofender…

El bastón del holandés describió un rápido giro y el español, alcanzado en pleno rostro, retrocedió tambaleándose.

—Donde habla Doorn, nadie más habla —dijo el aventurero—. Te preguntaba, María-Luz, si este hombre era tu novio o tu amante.

—¿Y a vos qué os importa eso? —exclamó ella.

—¿Nunca has sido azotada, pequeña? Yo te…

Hugues Doorn demostró que su obesidad no era un impedimento para él cuando llegaba la acción. Previniendo el salto con que Miguel Henares se abalanzaba hacia él, el holandés descargó con todas sus fuerzas el bastón sobre la cabeza del español.

El bastón se quebró y Miguel Henares rodó por los suelos, perdido el conocimiento. Por entre sus cabellos fue dibujándose un reguero de sangre.

—Encadenadlo —ordenó el holandés—. Y vosotros cuatro podéis marcharos, conduciéndolo a las prisiones de la fortaleza.

María-Luz, horrorizada, quiso aproximarse al cuerpo del estanciero español, pero Hugues Doorn retuvo su muñeca entre su mano, fofa al parecer, pero dotada de vigorosa presión.

—Quieta, pequeña. Después de que te he hecho el alto honor de venir a recogerte personalmente, deberías haberme recibido con más gratitud y mejores modales.

—¿Qué decís?

—Estando a solas con mis tulipanes, los días desfilan largos y tediosos, en la espera de la llegada de mis barcos. El otro día vi desde mi ventana pasar por la Gran Plaza una figurilla delicada como una porcelana, y decidí averiguar quién era para que me acompañase junto a mis tulipanes… hasta que mis barcos partan de nuevo hacia Holanda.

Ella, al ver que no podía desprender su muñeca, intentó liberarse por medio de otro procedimiento.

—¿Y yo, una ignorante campesina, señor, iba a sor la esposa de nuestro excelente gobernador Hugues Doorn?

—Tengo ya demasiadas esposas en varios rincones del planeta. Tú vendrás ahora conmigo, y cuando te cansen los tulipanes o ellos se cansen de verte, el haitiano que ahora ingresará en prisiones podrá salir libre y tú casarte con él si ése es tu gusto.

Los cuatro jinetes galopaban llevando uno de ellos atravesado en su arzón el cuerpo de Miguel Henares.

Aflojó un poco la presión de su mano Hugues Doorn y lanzó una bestial blasfemia al sentir en su rostro cuatro pinchazos agudos que rasgaron su frente y mejilla izquierda.

Quiso abalanzarse para coger de nuevo a María-Luz, pero ésta, con un escorzo de cintura esquivó la presa de las manos del

holandés, que limpióse los arañazos mientras la criolla desaparecía tras la casa, corriendo.

—¡Apresadla! —ordenó Doorn a sus dos cocheros.

Pero tuvo que romper el resto de su bastón sobre los lomos de los cocheros porque éstos, tras un detenido registro de la casa y sus alrededores, no hallaron rastro de María-Luz.

* * *

Agujahonda: Un desierto paraje de tupido y enmarañado bosque que cesa de pronto y abruptamente, cortado a pico sobre el mar. Las olas mugen abriéndose paso por el calado laberinto de las cuevas que horadan el acantilado…

De día, algún que otro indígena se aproxima a la playa, para recoger conchas y marisquear. Por la noche, Agujahonda es un macizo montañoso inhabitado en cuya base el mar canta su eterna canción.

María-Luz, desgarrados el corpiño y la falda por su caminata a través de la maleza, y desmelenado el negro, abundante cabello, intentaba el descenso por la abrupta pendiente que conducía a la playa.

Asida fuertemente a las raíces de un árbol, tanteó con el pie para hallar apoyo. Instantes más tarde, se oyó un leve crujido. Dando un grito de espanto María-Luz se precipitó en el abismo. Su cuerpo describió un arco y hundióse en el espumeante mar.

En el estrecho espacio de la arenosa playa, un hombre acurrucado estaba cubriendo de hojas mojadas la hoguera que había encendido. Los rojos rescoldos no se veían y solamente era perceptible, recortándose contra las blanquecinas paredes del acantilado, la espesa y vertical columna de humo que producida por la hoguera ascendía hacia el cielo.

El autor de tan especial hogueras un achaparrado individuo de rostro coloradote e inocente, oyó el grito de María-Luz; elevó la vista y vio caer el grácil cuerpo en el mar.

# CAPÍTULO VII

**«La Corsaria Bretona».**

Un fuerte viento nordeste hinchaba las velas y el «Aquilón» hendía cabeceando alegremente las olas de espumosas crestas que estallaban contra bus flancos.

La goleta parecía apresurarse bajo el viento favorable que tendía su velamen impulsándolo velozmente.

Tichli, el negro cubano, ofrecía entre sus gruesos labios un «maní» al pequeño mico que asido a su cuello cogió con delicadeza el manjar. Las robustas manos negras conducían expertamente el timón y de vez en cuando Tichli miraba a su amo, quien en pie a su lado le señalaba un cambio de rumbo.

El Pirata Negro, con el torso desnudo y el sable de abordaje colgado del cinto, recibía con deleite físico las salpicaduras que empapaban el aire.

Su arete pendiente del lóbulo de la oreja izquierda, chocaba a veces con su mejilla bronceada.

—Nunca deberíamos salir del mar, Tichli —dijo en voz alta—. Es traidor, puesto que procura atacarte cuando estás desprevenido, y cobarde porque cuando has vencido sus galernas entonces lame blandamente el casco que le ha cabalgado. Pero sólo a bordo tenemos la complacencia de sentirnos amos nuestros; podremos hundirnos en un abismo líquido, pero no sufriremos ninguna tortura. Te envidio, Tichli; te basta conducir el timón y sentir en tu cuello la peluda zarpa de tu macaco para sentirte feliz. Eres un hombre libre, no te han dado un talismán a cambio del que dejaste esclavizado tu corazón. ¿Tienes corazón, Tichli? Admiro tu discreción al no contestarme.

Y el Pirata Negro señaló al sordomudo un nuevo rumbo tendiendo la mano abierta a sotavento.

—La vi, ¿sabes, Tichli?, y quise apartar los ojos, porque comprendí que iba a perder mi libertad. La tortura más infernal, Tichli, no es quererla; es saber, como sé, que me quiere… y haber huido de ella. Sí, Tichli, huí como un cobardón. ¿Por qué, demonios he de ser quisquilloso, si soy un bellaco pirata? Me quería… pues, la felicidad estaba a mi alcance. Y por lo que llaman un prejuicio de caballero, yo, Carlos Lezama, no pude admitir que ella, toda una dama, entregase su amor a quien como yo no era digno de ella. ¡Estúpido! —Gritó atenazando un hombro del piloto—. ¿También eres ciego? —Y le señalaba en la línea del horizonte la silueta de una embarcación de mediano tonelaje.

El rostro de Tichli se dilató en una ancha sonrisa y rectificó el giro del timón.

El Pirata Negro se colocó sobre la frente las dos manos abiertas a modo de visera.

—¡Buen capitán Hans Meyer! —exclamó riendo—. Tenías toda la razón. A mediados de mes, el barco francés de los lingotes preciosos debía arribar por aguas antillanas. Y la primera escala de cualquier barco francés, después de tan larga travesía es Martinica, aquel pedrusco a popa. ¡Enfila, Tichli, corta la proa hacia allí! ¡Recto, siempre recto! —Y con el brazo tendido rígidamente, el Pirata Negro señaló el barco que era aún un punto diminuto.

Saltó ágilmente desde la plataforma del timón al castillete de proa. Encaramóse sobre la balaustrada y silbó varias veces.

—¡Aquí, mis valientes! Oídme todos y al que tenga las orejas sucias destapónaselas, porque mataré sin el menor remordimiento al que no haga las cosas como quiero que se hagan. Aquel barco que tan bonitamente se dispone a cruzarse en nuestra ruta es el «Jeanne-Marie». Mis informes eran, como siempre, excelentes. El «Jeanne-Marie» no sólo tiene nombre de mujer honesta, sino que también debe ser tratado de tal guisa. Los que le tripulan no tienen la culpa de que nosotros seamos unos bellacos ladrones a los que encanta el brillo del oro. Izaremos el pabellón y si huye como gacela asustada, le cazaremos. Si enfrenta sus cañones, serraremos a cañonazos sus palos y sus velas. Los lingotes han de ser vuestros…, pero deben conservar el color amarillo que tienen, limpio y sin la menor mancha roja. Al saltar la borda no vais a matar; vais a desarmar y a reducir a la impotencia a los tripulantes, que han de

permanecer vivos. ¿Me habéis oído bien, mis valientes? He dicho que no mataréis a ningún tripulante del «Jeanne-Marie». Sois truhanes como yo, acostumbrados a las rudas peleas, y para todos vosotros será solamente un juego el desarmar y tumbar en el suelo a cualquiera de los franceses que van a bordo del «Jeanne-Marie». Además, a una mujercita sin escolta, una mujercita que el buen rey de Francia, hace salir en secreto y sin colocarle rodrigones para no despertar sospechas en los infectos piratas, ¿no os avergonzaría atacarla como si se tratara de un galeón armado hasta los dientes? ¡A vuestros puestos! Saltaré al abordaje tras vosotros. Sí, tras vosotros, por si alguno se olvida de lo que acabo de decir y tengo que recoger del suelo su cabeza limpiamente cortada por mi propio sable y decirle tristemente al oído: «¿No me hiciste caso, cabezón? ¿Era yo o no era tu jefe? No lo hagas nunca más».

Los corsarios fueron a ocupar sus puestos de combate con alegres risotadas. Los artilleros encendieron las mechas, mientras, simiescamente, se encaramaban por las velas de bauprés los que habían de lanzar los garfios de abordaje.

—¡Iza! —gritó el Pirata Negro con voz estentórea.

Sacudido por el viento, fue trepando por el mástil un lienzo rojo que al llegar a la cima del palo desenrollóse y, como un latigazo, ondeó en el aire el pabellón corsario del «Aquilón»: un aguilucho cerniéndose con las alas extendidas.

Desde el castillete de proa, el Pirata Negro dirigió su largavista hacia el casco y las amuras del «Jeanne-Marie», que torciendo el rumbo que hasta entonces llevaba, intentaba huir orzando.

El «Aquilón», impulsado a toda vela por el viento a su favor, fue acortando el espacio que le separaba del velero francés y a tres millas de distancia fueron visibles las bocas de los cuatro cañones que precipitadamente los tripulantes acababan de subir del entrepuente, afirmándolos contra la borda de estribor.

—¡«Cien Chirlos»! ¡Al timón! —Gritó el Pirata Negro—. Orza a barlovento y que el «Jeanne-Marie» te presente siempre la banda de babor. Sólo tienen cuatro piezas y las han colocado a estribor para recibirnos.

El «Aquilón» pareció abandonar la caza y desde la borda enemiga brillaron los cuatro fogonazos cuyos proyectiles se perdieron en la estela de a popa que el «Aquilón» dejaba tras si en

su rauda carrera con la proa levantada y embistiendo el oleaje.

—¡Atención, artilleros de proa! ¡Tiro de desmantelamiento! Si habéis de fallar, que sea por alto. El casco que apuntáis es precioso y no debe hundirse con su carga. ¡Línea rasante a media altura de palos! ¡Atención!

La primera orden de fuego sacudió el «Aquilón», haciéndolo vibrar como una tensa cuerda de guitarra.

Cuando se disipó el humo de la pólvora de los doce cañonazos, un impacto mostraba su negro desgarrón en la vela mayor del «Jeanne-Marie».

—¡Artilleros babor! ¡Andanada en descarga! ¡Fuego!

El derrumbamiento de todas las velas del «Jeanne-Marie» coincidió, con horrísono estruendo, con el desgaje por raíz del palo de proa del «Aquilón».

Media milla escasa separaba a los dos veleros… El «Jeanne-Marie», desmantelado y reducidos al silencio sus cuatro cañones por el certero fuego de los piratas, no obedecía ya a las frenéticas vueltas que el timonel imprimía a la rueda.

Flotaba sin rumbo, y apiñada sobre cubierta media tripulación empujaba arcabuces, mientras el resto apretaba nerviosamente las empuñaduras de las largas picas defensivas.

Al frente de ellos, el capitán francés esperaba, con la espada desenvainada, la muerte que, a pasos agigantados, se acercaba bajo el aspecto del veloz velero corsario, que distaba ya sólo unos metros.

Chocaron las bordas y el «Jeanne-Marie» quedó definitivamente inmóvil, asido por el costado con los garfios lanzados por los corsarios.

—¡Tendidos a cubierta! —gritó el Pirata Negro.

Los arcabuzazos que los tripulantes del «Jeanne-Marie» dispararon agujerearon algunas velas sin herir a los Corsarios, que de bruces sobre los maderos de cubierta se protegían con las bordas.

—¡Vida salva! ¡Vida salva! —gritó estentóreamente en francés el Pirata Negro—. Palabra de corsario que salvaréis vida y barco si no intentáis una inútil resistencia. Sólo queremos el oro de vuestra cala.

El capitán francés, pálido como un muerto, dio nueva orden de fuego, abatiendo su espada.

—¡Insensato! ¿No te basta la palabra de corsario de Carlos Lezama? ¿Vas a obligarme a dar muerte a todos tus hombres? Cese el fuego y retiraos a estribor. Tendréis tiempo de resistir si os atacamos en cubierta. ¡Atrás todos y salvaréis la vida! Sólo queremos el oro que transportáis.

Una veintena de tripulantes del «Jeanne-Marie», sin soltar sus armas, retrocedió hasta la banda de estribor.

El capitán francés señaló a los restantes que siguieran el ejemplo de los primeros y, solo, avanzó hacia las bandas engarfiadas.

—Di mi palabra de depositar el oro de mi cala en la Martinica —dijo el francés—. Pedí escolta y refuerzos y artillería a bordo y me contestaron que así despertaría sospechas en el puerto de origen y sería presa de corsarios. Matadme a mí si queréis, pero dad vida salva y no encadenéis a mis hombres. Son simples marinos que no han guerreado.

El Pirata Negro saltó desde el castillete hasta cubierta, donde sus corsarios seguían tendidos. Asióse a una escala de cuerda y con otro salto elástico cayó en pie, frente al capitán francés.

—Envainad el acero, capitán. Tregua a los hierros, ya que mi sable no ha de salir del cinto en tanto vuestros hombres no se muevan de donde están.

—Toda resistencia es morir ante vosotros, Pirata Negro. Pero moriremos matando si olvidáis vuestra palabra. Respetad, como prometisteis, la vida de ellos.

—Y la vuestra —y volviéndose hacia la cubierta del «Aquilón», el Pirata Negro gritó—: ¡En pie, mis valientes! ¡A la cala y sin precipitarse! Que los franceses no vean en vosotros a unos asesinos, sino lo que sois: un hatajo de ladrones alegres.

Cruzándose de brazos, el Pirata Negro fue viendo desfilar a sus corsarios, que, ordenadamente, iban entrando en la cala del «Jeanne-Marie», saliendo poco después en fila india cargados con cajones de madera poco voluminosos, pero cuyo peso debía de ser considerable a juzgar por la tensión muscular de los que los transportaban.

Los listones resquebrajados a golpes de machete y puñal mostraban el áureo contenido de barritas amarillas.

—¿Han sufrido algún daño vuestros botes, capitán? —preguntó ceremoniosamente el Pirata Negro.

—No. Habéis desmantelado y hecho estallar mis cuatro cañones. Por lo demás, mi línea de flotación no ha sufrido mengua.

—Poseo buenos artilleros seleccionados y prácticos. Así los debería tener el buen rey de Francia. Estáis ahora a cien millas de la Martinica. Mandad dos de vuestros botes en busca de remolque y si algo necesitáis, decídmelo sin remilgos. Cuanto pueda hacer por vos y vuestros hombres será poco en comparación a lo que os debo, visto el precio que en vuestra cala me he cobrado. ¿Tenéis bastante galleta y ron? ¿Necesitáis salmuera?

—Nada necesito —replicó secamente el francés, que aguardaba los acontecimientos e íntimamente extrañado ante el proceder correcto de un jefe pirata que se limitaba a vaciarle la cala.

Cuando el último corsario abandonó el «Jeanne-Marie», el Pirata Negro saludó al capitán francés.

—Olvidad ese desagradable percance…, qué hubiera podido ser peor. Cuando regreséis a vuestra patria, decidle al buen rey de Francia qué Carlos Lezama, el Pirata Negro, le insinúa cortésmente la conveniencia de abandonar esas argucias y secretos mandando un velero pesquero con pobre traza y defensa. Que utilice la excelente Armada que tiene. Espero que aprenderá esta lección. A vuestras órdenes, capitán.

El Pirata Negro volvió a saludar y flexionando las rodillas, tomó impulso para el salto que le dejó sobre cubierta, de donde, con otro salto, se encaramó a la borda del castillete de proa. Dio las voces de desengarfiar y largar velas cambiándolas de amarra.

Los tripulantes del «Jeanne-Marie» vieron, atónitos, alejarse el barco pirata, sin querer aún dar crédito a su buena suerte. Habían sido saqueados…, pero era oro que no les pertenecía, y conservaban la vida para poder contarlo.

* * *

El «Jeanne-Marie» iba empequeñeciéndose en el horizonte cuando el Pirata Negro silbó con el aviso de «reunión general».

Fue contemplando los rostros sonrientes de sus hombres agrupados en la base del castillete de proa.

—Esas brevas tan jugosas no brotan todos los años, mis valientes. Estáis boyantes y ahora os relaméis con la visión anticipada de las grandes francachelas que os esperan. Pero no veo

rastro de sangre ni corte alguno en vuestros apestosos cuerpos. «¡Preciosa profesión la nuestra!» os decís. Tripa llena, y ¡que peleen los tontos! Hoy ha sido así porque yo, vuestro jefe, he sabido conseguir los triunfos; en mi mano para que así sea. De momento sois ricos… hasta que lo sean las tabernuchas que visitéis. Pero pensad también que de ahora en adelante debéis estar prestos a la próxima lucha, cuando se presente, con triple voluntad y redaños, puesto que hoy nada habéis hecho sino cargar cajones como vulgares faquines de puerto.

¡Desapareced en la bodega!… ¡Triple ración y que oiga vuestras voces!

Un alegre coro resonó en cubierta. La tripulación corsaria entonaba el cantar que hablaba de la nostalgia de un fuego bajo techo en las noches de galerna y lluvia y las excelencias del ron servido por amorosas manos blancas…

Durante unos instantes el Pirata Negro escuchó a sus hombres, pero, de pronto, levantó las dos manos ordenando silencio.

Todos los corsarios enmudecieron mirando atentamente a su jefe, que escudriñaba el horizonte con su largavista.

—¡Ajajá, mis valientes! —gritó alegremente sin apartar el ojo del largavista—. El que de vosotros se sienta pesaroso por no poder estar ahora limpiando la hoja de su sable tinto en sangre enemiga, pronto tendrá ocasión de resarcirse con creces. Antes de atacar al «Jeanne-Marie» os dije que todos sus tripulantes habían de quedar indemnes. Ahora os digo que se acerca a toda vela un barco cuyos tripulantes son nuestros iguales… y no ha de quedar uno solo de ellos con vida.

Abatió el largavista y, desenvainando el sable, lo colocó cruzado sobre el pasamanos del castillete.

—Y esta vez yo seré el que primero salte a la borda contraria. El velero majestuoso y más crecido que mi «Aquilón», que se nos acerca cortándonos la ruta por sotavento, es el barco de nuestra compañera de profesión, la «Corsaria Bretona». ¿Habéis oído hablar de ella en los puertos del Caribe, verdad? ¡La «Corsaria Bretona»! Éste marimacho, pues no dudéis que debe de ser un marimacho, ya que ha ofendido la delicada misión de su sexo al hacerse corsaria, debe de haber olido que hemos deslastrado al «Jeanne-Marie», y vuela hacia nosotros como una mosca hacia el panal de miel. Les

enseñaremos los aguijones. ¡A vuestros puestos, mis valientes! Demostraremos a esa francesa que su pabellón es un Insulto a nuestro honor de hombres. ¡Zafarrancho de combate!

Y mientras los corsarios corrían a ocupar los lugares que les correspondían según sus cometidos, el Pirata Negro volvió a enfocar su largavista hacia lo alto del mástil del velero que se aproximaba con todas sus velas desplegadas.

Un lienzo azul restallaba al viento, y el Pirata Negro distinguía perfectamente la roja serpiente que enrollaba sus anillos alrededor de un toro cornibajo que se arrodillaba vencido: era la insignia de la famosa «Corsaria Bretona», que primero había suscitado hilaridad en el Caribe hasta que la «Corsaria Bretona» había demostrado en crueles combates, que sus corsarios no eran inferiores a los demás, aunque estuvieran bajo el mando de una mujer (*Histórico. «La Corsaria Bretona» existió en el siglo XVII y su barco era tan temido y famoso como las restantes naves corsarias de Drake, Bart, Morgan y el Pirata Negro*.).

—¡«Cien Chirlos»! ¡Al timón! Imita la serpiente de nuestra futura amiga; ¡navegación en culebreo! No presentes frente de costado porque están más artillados que nosotros. Distingo más de veinte bocas por banda y otras tantas en proa y popa. ¡Arriad las velas de juanete! Dejadla venir y no corramos hacia una mujer, porque podría tomar ínfulas de bella seductora.

El Pirata Negro quiso averiguar con curiosidad qué aspecto tenía la «Corsaria Bretona», a la que desconocía. Sabía por comentarios ajenos que era bellísima… Pero supuso que serían imaginaciones y espejismos de hombres de mar propensos a inventar leyendas.

Los dos barcos distaban cuatro millas, y el castillete de proa del velero bretón era claramente visible. También la «Corsaria Bretona» dirigía su largavista hacia el «Aquilón».

La proa del velero bretón vomitó una línea de llamaradas que no dieron en blanco gracias a los Tarascos cambios de rumbo que sin cesar verificaba «Cien Chirlos» ayudado por el hercúleo Tichli.

La tez bronceada del Pirata Negro se tornó lívida y sus musculadas manos delgadas y morenas se agarrotaron alrededor del largavista que empuñaba.

En el castillete de proa del velero bretón una mujer vestida con traje verde-jade de amazona daba órdenes a la tripulación.

Cubría su negro cabello suelto, que le caía en melena sobre los hombros, con un chambergo gris de plumas rojas.

Alrededor del breve talle femenino y en un ancho cinto de seda roja se hundían los cañones de dos largas pistolas, cuyas culatas asomaban a ambos costados.

La mano diestra enguantada sostenía una fusta con la que la «Corsaria Bretona» se azotaba las altas botas de ante gris, entre las que se trababa el bajo vuelo de su falda corta.

Separó ella el largavista… y entonces dejó caer el suyo al suelo el Pirata Negro.

No le cabía ya la menor confusión ni duda. La «Corsaria Bretona» era la mujer que él había conocido en París bajo el nombre de Jacqueline de Brest.

Era el mismo rostro delicado y altivo, los mismos ojos azules y aquellas cejas finamente dibujadas tocándose en el arqueo inicial de la fina nariz sensitiva.

—¡Proa al este! —rugió el Pirata Negro con frenética cólera repentina—. ¡Proa al este! ¡Todas las velas izadas!

Con profundo asombro, «Cien Chirlos» obedeció la orden, que significaba una franca huida temerosa.

—¡Orzad, orzad! ¡Así revienten las lonas y se rompan los cabos! ¡Hemos de perder de vista a ese maldito barco! ¡Orzad he dicho, bergantes!

Nuevos cañonazos partieron del velero bretón, pero el casco del «Aquilón» era infinitamente más ligero y corlaba la superficie líquida como un cuchillo lanzado por una catapulta.

Pronto fueron aumentando las millas que separaban a las dos naves.

El rápido crepúsculo de aquéllas, latitudes abatióse sobre el mar. Recortábase a lo lejos la línea de Haití…

Cuando el Pirata Negro adquirió la certidumbre de que la «Corsaria Bretona» y su velero estaban ya definitivamente fuera de su pista, descendió al comedor de la tripulación.

—Sentaos y seguid engullendo, glotones. Hoy, por vez primera, el «Aquilón» ha huido cobardemente ante otro barco corsario. No os atrevéis a mirarme. Pensáis que soy un loco romántico (si sabéis lo que eso significa) que en el último momento se ha arrepentido de atacar a una mujer, aunque esa mujer sea una bellaca corsaria.

Pensad lo que queráis, pero sabedlo de una vez para todas: siempre que la ruta de la «Corsaria Bretona» se cruce con la nuestra, huiremos. Ella… no puede morir a mis manos. Dejo al Destino que decida de la suerte de la «Corsaria Bretona». Nada más, mis valientes. Cebaos y pensad sólo en los malditos lingotes de oro, que son los culpables de todo.

Y Carlos Lezama abandonó precipitadamente la vasta sala donde cenaban los corsarios.

En medio del absoluto silencio que había seguido a la partida del Pirata Negro, uno de los corsarios empezó a hablar.

—Le brillan los ojos como si tuviera malas fiebres de calentura. ¿Habrá visto un duende? —preguntó muy convencido.

—No cree en duendes —protestó otro—. Yo me figuro otra cosa: la bretona es una mujer y ya sabéis que siempre ha reparado en esa minucia. Respeta demasiado…

—¡Mejor idea tengo! —exclamó uno, atajándole y blandiendo la cuchara de palo—. ¡Se ha enamorado de ella!

—El que se va a enamorar de mis puños cuando le besen los hocicos va a ser el que siga diciendo bellaquerías de asno rebuznante —anunció con torvo ceño «Cien Chirlos»—. Ojead vuestra pitanza y dejaos de comentarios, hatajo de seseras vacías, como dice él acertadamente. Todo lo que él hace está bien hecho. Y nada más, como dice él.

* * *

Tichli colocó delante del Pirata Negro una fuente con perdices conservadas en gelatina.

Aguardó a que su dueño comiera, pero el Pirata Negro apartó la fuente con gesto cansado.

—No me mires con esa caraza de pena negra, Tichli —dijo en voz baja el Pirata Negro, apoyando el rostro sobre los brazos cruzados—. ¿Cenar? ¿Acaso crees que soy uno más de esos felices valientes míos, que por corazón tienen un frasco de tinto peleón? Ellos no saben lo que es querer, como yo quería y veneraba en el santuario de mi alma la imagen para mí santa. Una mujer a la que creía toda una dama… Ahora comprendo por qué supo ella adivinar que yo era el Pirata Negro. Me conocía del Caribe. Pero ¿por qué no disparó contra mí? Más me hubiera valido morir con la pura imagen

que de ella me forjé que tener que soportar la mordedura que tengo ahora hincándome los dientes en el alma. Ella… la que me parecía reunir todas las cualidades de mi soñada mujer… ella es como yo: un corsario ladrón… ¡Ríete un poco, Tichli! Que comprenda al verte la bocaza abierta todo lo estúpido que fui al enamorarme de ella —y el Pirata Negro, enderezando el busto, estalló en una breve y seca carcajada—. Sigue mordiéndome aquí dentro algo cuyo nombre ignoro, pero que debe de ser lo que llaman desilusión y dolor de amores… Pero eso son cosas de poeta debilucho… y yo soy el Pirata Negro… y ella… ¡Ríe, Tichli!

Y levantándose el Pirata Negro, zarandeó por los hombros al cubano sordomudo, que al verle reír convulsivamente, exhibió sus grandes dientes amarillentos, señalando sonriente la mesa.

—¿Que coma, negro tonto? Es mucho pedir… Quiero volver a ser el Pirata Negro y olvidar que tengo un alma. Pero no tan pronto, Tichli. En fin, no quiero que mi estómago te preocupe. De mi molesto corazón, sólo yo tengo que preocuparme.

El Pirata Negro asió de un manotazo un ave y trinchándola pon los dedos salió fuera de su camarote.

Echó al mar la destrozada perdiz y silbó modulando cuatro espaciados toques.

«Cien Chirlos» acudió corriendo y limpiándose la boca con el gorro de lana.

—Rumbo a Agujahonda, cara fea —ordenó el Pirata Negro—. Ya sabes la señal convenida. Juanón, el del rostro de angelote, enciende todas las noches una hoguera cubriéndola de hojas húmedas, para impedir que se vea el fuego. Brillan la luna y las estrellas como si nada nuevo hubiese ocurrido… y verás distintamente la columna de humo de la hoguera, con la cual Juanón te indicará que no hay peligro.

Media hora después divisábase el acantilado de Agujahonda.

Una columna de negro humo lamía en recto ascenso vertical la blanca pared roquiza del acantilado.

El Pirata Negro continuaba paseándose por el castillete de proa. De vez en cuando su diestra asía la plaquita de oro que colgaba de su cuello; hacía ademán de romper el lazo de terciopelo que la mantenía colgante.

Pero cuando el «Aquilón» penetró por la estrecha cala de

Agujahonda, sorteando hábilmente los escollos y los rompientes y se ocultó entre las cóncavas paredes cavadas en la roca por el embate del mar, el Pirata Negro seguía teniendo en el pecho el talismán:

«A ninguno…, si no es con amor», que en París le había dado Jacqueline de Brest, la «Corsaria Bretona».

# CAPÍTULO VIII

**Tulipanes y latigazos**

Juanón, el corsario de rostro mofletudo y coloradote acercóse cautelosamente hacia el camarote del Pirata Negro.

Las antorchas repartidas por cubierta del anclado «Aquilón» desparramaban rojizos resplandores en la obscura cueva.

—¿Dónde vas, Juanón? —preguntó «Cien Chirlos», saliendo al paso del recién llegado.

—Debo hablar con él. Es un caso…

—Duerme. Mañana.

—Es un caso grave… «Cien Chirlos». Él puede enfadarse si no le aviso ahora.

—El que se enfadará hasta la cresta seré yo si lo despiertas para rebuznarle bellaquerías.

—No temas. «Cien Chirlos». Yo sé cuándo hay que hablar con él.

Instantes después, Juanón quitábase su gorro de lana ante el lecho del camarote donde se hallaba tendido y vestido completamente el Pirata Negro.

—No tengo grandes deseos de verte, Juanón. ¿Qué quieres?

—Un caso… señor… raro; verás, no sé si…

—Abrevia, ¡pecador de mí! Vuelve a salir si es preciso y recoge las palabras que se te habrán caído por el camino.

—Una mujer, señor. Cayó del sendero y la pesqué.

—¡Bribón! ¿Para contarme tus amoríos vienes aquí? —dijo el Pirata Negro enderezándose y dirigiendo la diestra hacia la empuñadura del látigo que pendía cercano a su cabecera.

—No, no, señor, no es eso. ¡Líbreme yo de…! El caso os que es una linda criolla haitiana que cayó al mar cuando venía en tu busca. Yo encendía la hoguera y cayó cerca de mí. Iba a dejarla que se mojase sin nunca secarse, pero pensé que te gustaría que

averiguase qué hacía por esos contornos una criolla que era de la capital, como adiviné que sería por bus enaguan lisiadas. Y al pasarle el desvanecimiento, y seca ya junto al fuego, me dijo que tú, tú solo, podías escucharla y que era a ti a quién buscaba.

—¿Criolla, dices? ¿Qué quiere de mí?

—No sé, señor. Está en la maleza. No me atreví a subirla a bordo. Llora mucho.

—Delicado eres, bribón. ¿Porque llora no te atreviste a…? ¡Anda, vete a buscarla! Tráela y que ella misma me cuente sus cuitas.

Cinco minutos después María-Luz Muntión deteníase cohibida en el umbral del camarote.

El Pirata Negro, poniéndose en pie le señaló un escabel en el que ella se sentó con el seno agitado, y su pequeña estatura quedó aún más disminuida…

—Buenas noches, niña criolla. Si tú eres la que me busca, ¿qué es lo que quieres del Pirata Negro?

—Justicia, señor —murmuró ella, procurando afianzar la voz.

—Gran palabra ésa. Pero dime antes, niña criolla, ¿cómo supiste llegar hasta mi refugio?

—El señor Miguel Henares me habló de ti y citó Agujahonda. Me dijo también que tú eras llamado «la espada justiciera» y por eso vine en tu busca.

—Eres casi una niña, linda criolla. No sabes a lo qué te exponías yendo de noche sola por esos andurriales. Y ahora deberé acompañarte al lugar donde vives. ¿Escapaste de tus padres?

—Soy huérfana, señor.

—¡Ah…! Ya que has venido podrás disipar mis negros pensamientos contándome qué motivos han originado tan especial visita. Pero habla sin mentir y dame todo género de detalles, aun los más nimios.

A medida que fue hablando, animóse María-Luz contando la conquista de Port-au-Prince por Hugues Doorn, el pillaje, las ejecuciones en masa y por fin el encadenamiento de Miguel Henares.

El Pirata Negro acaricióse el arete mirando el rostro aniñado de María-Luz.

—Un caballero cuyo mayor deseo es que le tutees… y un

holandés arañado por ti. ¡Grandes males, a fe mía! Llegaste en mal momento, niña criolla. Nada me debe Hugues Doorn ni me importan un comino los haitianos.

—Si Miguel Henares muere, me mataré —dijo ella en voz tan baja que fue casi un imperceptible susurro de honda veracidad.

—Triste cosa es a tu edad pensar en muertes, niña linda. Pero mírame bien. ¿Crees, acaso, que soy una comadre casamentera? ¿Qué se me ha perdido a mí en Port-au-Prince? Si tienes penas de amor quizás yo también las tengo y nadie acude en mi ayuda. ¿Por qué he de ayudarte? ¿Por linda, acaso?

—Por huérfana y desvalida, señor. Dicen que tú eres noble y que defiendes las causas justas. El pueblo haitiano que gime bajo el yugo del monstruo holandés invoca como suprema esperanza, después de Dios, tu nombre.

—Soy corsario, niña, y no un oficial francés. Que los franceses se ocupen de Haití, que yo me ocuparé de mi barco.

—Hugues Doorn ha hecho proclamar un pregón. Ofrece mil florines por tu captura o a quien le dé informes de tu escondrijo.

—¡Por los quesos de Holanda! ¿Quién es ese granuja fementido de Hugues Doorn para darse ínfulas de gobernador legal y atreverse a poner precio a mi cabeza? No tiene otra autoridad que la de sus crímenes…

—Dice que tú eres un criminal sanguinario y que todo aquel haitiano, hombre o mujer que en ti confíe y de ti hable, será decapitado.

—¿Si? ¿Eso dice? Eres lista criollita. No pulsas ya la lira de tu amor en peligro, sino que con femenina astucia intentas herir la resonancia de mis fibras vanidosas.

—Tú no puedes ser vanidoso porque tienes el orgullo de ser el Pirata Negro, el paladín de los oprimidos, el noble caballero en quien confiamos todos, el que…

—¡Tregua de almíbar, linda! Tu lengua es certera y más convincente porque tienes faz de angelito sin malicia. Iré a rendir pleitesía al hombre de los tulipanes.

—¿Solo, señor?

—Oye un consejo de mi experiencia. Si no quienes de nuevo hundirte en el mar, no andes nunca por senderos desconocidos. Para pisar firmemente, es preciso saber primero dónde se pisa.

Mañana iré a inspeccionar Port-au-Prince y según me parezca, obraré. La sangre me hierve desde que el crepúsculo cayó sobre el mar. Quien tiene la culpa no puede pagarlo. Veremos si el holandés me desfoga.

—¿Te acompañaré, señor?

—Si el hombre de los tulipanes te… veamos cómo decírtelo… si él anhelaba tu compañía, preferible es que permanezcas a bordo hasta mi regreso.

—Sin ti, no me quedaré aquí, entro los que mandas.

—¿Miedo acaso, intrépida viajera? Variaciones del alma femenina. No demostraste pavor ninguno al entrevistarte conmigo.

—Tú eres noble y caballeroso. Ellos no…

El Pirata Negro silbó cuatro veces con breves y modulados silbidos.

En la puerta apareció «Cien Chirlos» cuyo solo rostro hizo que María-Luz retrocediera abriendo los ojos con temerosa expresión.

—Escúchame con todas tus orejazas, «Cien Chirlos». Tú eres un noble caballero desde este instante. Sí, no creas que te estoy insultando. Eres un noble caballero, porque la señorita que ves irá a alojarse en el mejor camarote de la sala capitana, que tú vigilarás. Ella cerrará la puerta por dentro porque no le gustan las corrientes de aire. Y tú serás el noble caballero que con tu pellejo me responda de que nadie se acercará más allá de cincuenta pasos de la sala capitana. Juanón le llevará los manjares que ella pida y tengamos. Aguarda fuera.

María-Luz al quedarse sola con el Pirata Negro, le miró con visible agradecimiento.

—No sé cómo daros las gracias, noble señor.

—Tuteándome… aunque no con la finalidad que el buen gusto de Miguel Henares pretende. Te acompañaré a tu camarote y, ya que has confiado en mí, no me queda más remedio que complacerte. El hombre de los tulipanes lamentará haberme valorado en tan poco precio. ¿Mil florines? Cien mil ciaría por hallarse ordeñando, vacas en Holanda si la suerte me es propicia y tus engañosas pupilas no han mentido al llamarme «espada justiciera».

* * *

Hugues Doorn ocupaba una lujosa alcoba cuyos robados tapices y mobiliario no le llamaban la atención. En cambio, dedicó una mirada cariñosa a la gran maceta de tulipanes que con extremos cuidados acababan de depositar en el centro de la alcoba dos robustos haitianos que a un gesto imperativo del holandés abandonaron la sala.

Hugues Doorn fue desvistiéndose con lentos ademanes y, poco después, cubierto su adiposo cuerpo con un largo camisón, se tendió suspirando satisfecho.

No apagó el candelabro porque quería dormirse con la visión del colorido de sus tulipanes en los ojos.

Sus ronquidos fueron creciendo progresivamente y aumentando de sonoro volumen hasta que cesaron bruscamente y el holandés, parpadeando, se sentó en la cama.

No sólo había oído un seco chasquido y había recorrido su cintura un agudo alfilerazo, sino que percibía en la alcoba otra presencia.

Inspeccionó de soslayo la sala y vio reclinado contra el umbral de la puerta a un embozado en negra capa de cuya mano derecha pendía un látigo de larga correa plomiza en su extremo.

—Acabo de tener el honor de saludarte, holandés gordinflón. No. No abras la boca para gritar porque te la cerraría con el plomo de mi pistola. Comprenderás, requesón, que no he venido a oírte berrear sino a que me escuches, El holandés fue examinando con creciente furor contenido el atuendo del que le hablaba tan irrespetuosamente en el «patois» de los puertos. El arete y el pañuelo rojo que dejaba entrever el ladeado sombrero de baja copa y anchas alas rectas lo cercioraron de la identidad del visitante vestido enteramente de negro.

—No te muevas de tu yacija, holandés. Has tenido el insolente valor de justipreciarme en mil florines. Yo te valoro en mucho más: cien latigazos te bastarán.

Hugues Doorn se incorporó y el principio de su grito en demanda de auxilio fue sofocado por la férrea mano del Pirata Negro que abalanzándose felinamente encima de él le hundió en la boca el embozo de las sábanas asestándole con la otra mano sendos puñetazos en el prominente estómago hasta que el resuello del holandés pareció cesar y sus ojillos de pálido azul se tornaron

inconscientes.

Cuando los volvió de nuevo a abrir viose maniatado y sin movimiento, ligado con las propias sábanas retorcidas de su lecho. Y en su boca, sujeta por ancha banda de seda, se hundían trozos de tela.

—Respira por la nariz, gordinflón. Holanda perdería un súbdito honorabilísimo si te olvidaras de respirar. Sé ya dónde está recluido un español llamado Miguel Henares cuya prometida querías coleccionar como un tulipán más. Estaré unos instantes ausente, sapo seboso. Empléalos en rezar porque después de tundirte a latigazos pienso cargar tus carnes a lomos de una mula y colgarte por los pies del palo mayor de mi barco.

Iba el Pirata Negro a salir de la alcoba cuando se detuvo ante los tulipanes. Sonriendo vio la expresión alarmada que cruzaba el rostro del holandés.

—Complejidades humanas. Tú, «el sanguinario», el cerdo que ha entregado al verdugo más de un millar de cuellos de seres inocentes, tiemblas ahora más que por ti, por tus flores. Son bellas y son inocentes. Pero, que me perdonen si tienen sensibilidad y alma en consideración a que tú no posees esas cosas.

Con el mango del látigo fue cercenando el Pirata Negro los tallos de los tulipanes.

—Doce tulipanes inocentes, ¿qué cuentan frente a mil cuellos cortados sin más motivo que tu voluntad asesina? Las flores también me gustan, Hugues Doorn, pero me da tanto asco el verte que me olvido de que mi gesto no es para enorgullecerme.

Los tacones de las botas del Pirata Negro fueron pisoteando los multicolores pétalos.

—Lo hago para que te entretengas mientras regreso, gordinflón. Si así he tratado a flores que embellecen la vida y alegran la vista, imagínate cómo he de tratarte a ti que me haces maldecir el haber nacido hombre cuando los hay de tu estofa. Hasta luego, Hugues Doorn.

El Pirata Negro fue recorriendo los obscuros recovecos del palacio Doorn hasta desembocar en el patio de porches en que se hallaba la escalera que conducía a los sótanos de las mazmorras.

Desenvainó rápidamente al ver destacarse de las sombras de los porches a varios hombres portando relucientes sables corvos que se

dirigieron hacia el pecho del Pirata Negro, el cual batiéndose en retirada prodigó círculos y molinetes con la ancha hoja de su sable de abordaje que chocaba furiosamente contra el aluvión de tajos enemigos.

—No debéis herirle —pronunció una voz suave—. Apoderaos de él sin herirle.

El Pirata Negro dejó caer su sable… ¿Cómo y por qué alucinación Jacqueline de Brest estaba hablando bajo un porche de aquel patio de la fortaleza de Port-au-Prince?

Un haz de luz que un corsario francés elevó cerca de la «corsaria bretona» iluminó el rostro delicada de Jacqueline y el Pirata Negro rió con amargo desdén al sentir sus brazos inmovilizados por cuerdas marinas.

—No me han vencido tus piratas, Jacqueline. Ni has sido tú tampoco, «la corsaria bretona», la que me ha vencido. Ha sido la voz de Jacqueline de Brest… y mi estúpido sentimentalismo.

Ella fue avanzando hasta detenerse a dos pasos del Pirata Negro.

—Puedes ya ordenar a tus hombres que me maten, corsaria. Si mi vida te pertenecía es lógica que de ella dispongas… Y así terminaría de roerme las entrañas la serpiente que no está en tu pabellón, sino en toda tu persona delicada.

Mudamente, con altivo continente, la corsaria bretona señaló a los piratas franceses que apresaban al maniatado Carlos Lezama las escaleras que conducían al sótano de las mazmorras.

# Capítulo IX

### Dos corsarios

Los diez holandeses que ocupaban el cuerpo de guardia fueron invitados a desalojarlo por los piratas franceses y éstos, a su vez, abandonaron el espacioso recinto cuando Carlos Lezama quedó amarrado, en pie, la espalda contra la viga central de madera que se empotraba en el techo.

Jacqueline de Brest quitóse el chambergo y lo depositó sobre una mesa junto con su fajín rojo y las dos pistolas. Tiró la fusta al suelo y alisóse los largos cabellos de azabache.

—Por más que hagas no serás ya nunca, más Jacqueline sino siempre serás la corsaria bretona. Nunca mujeres bebieron empuñar armas de hombre; no tienen la cualidad masculina de matar pronto, sin prolongar innecesariamente la llegada de la muerte.

Ella acercóse hasta enfrente de mis pupilas con las negras pestañas del Pirata Negro.

—Fama tienes, Pirata Negro, de no rehuir combate. ¿Por qué escapaste anteayer? ¿Temías por el oro que acababas de robar?

—Temí no poder vencer la tentación de segar tu blanco cuello. Y te debía la vida. Quita de mi pecho la burla de tu talismán. «A ninguno… si no es con amor» —dijo Lezama riendo sarcásticamente —. ¿Sabes, acaso, lo que es amor, tú, corsaria?

—Lo supe cuando te vi por primera vez. Y también por vez primera lloré al comprender que tú, corsario como yo, no podías con tu amor rescatarme de mi vida accidentada.

—Elegiste ser ladrona cuando podías ser el adorno más preciado de la corte de Francia. No quiero saber por qué avatares te convertiste en lo que eres, pero si fuera cierto que te inspiro amor, no me humillarías teniéndome atado ante ti, una mujer.

—No soy mujer para ti, si sigues viendo en mí a la corsaria. Y

ésa es la que va a hablarle. Cuando huiste con tu barco perdí tu estela. Pero tenías que haber anclado en Haití, que ofrece seguros refugios. Y mandé un emisario a Hugues Doorn que explicó al holandés lo que yo podía ofrecerle. La mitad de tu oro si aunábamos nuestras fuerzas. Y tú dirás donde está tu barco. Quedarás libre cuando el oro francés quede en nuestro poder.

—Tus dedos fueron creados para labrar bordados y tus labios para pronunciar madrigales que supondrías pronunciados por un Príncipe Azul. Aparta, corsaria, que ganas me vienen de olvidar qué eres mujer y escupirte al rostro.

—Tendrás que decir donde está escondido tu barco, y quedarás libre.

—Libertad no quiero si tú eres quién ha de dármela. Vete en busca de tu amigo holandés, al cual he dejado amarrado a su lecho. Y que él disponga lo necesario para torturarme, porque a él sí podré maldecirle para darme ánimos. A ti… no podría.

—El holandés puede quedarse, atado. Dijo que tú eras poca cosa para él. Y un hombre de tierra no es quién para valorar la calidad de un pirata de tu renombre y ejecutoria, Carlos Lezama. Olvidemos cómo nos conocimos y seamos solamente dos corsarios frente a frente. Te propongo un pacto.

—Habla, que hoy deseo poder reír.

—Sufrirás tortura y en el mejor de los casos al callarte morirás. Tus hombres serán exterminados y el oro francés quedará en mi cala. Admite tu derrota y dame tu palabra de pirata. Sé que nunca has faltado a ella. Condúceme a mí y a veinte hombres de los míos hasta él escondrijo de tu barco. Cargaremos el oro y quedarás libre.

—Yo doy mi palabra a hombres como yo. ¿Por qué habría de empeñarla ante una mujer falsa como tú?

—Esta mujer que desprecias puede… puede seguir queriéndote y lamentándolo; Pero sabe que no eres un traidor ni un falaz mentiroso. ¿Qué importa si pierdes unos lingotes de oro? Con tu vida salva recuperarás mayores botines. Dame tu palabra de que aceptas en todo el pacto que te ofrezco y quedarás libre; mis propias manos te desatarán. Tus hombres podrán, bajo tu mando, navegar de nuevo libres y el «Aquilón» seguirá surcando los mares. Dame tu palabra de pirata y mis manos te desatarán.

—Por ellos y mi «Aquilón» acepto tu pacto. Pero algún día nos

volveremos a encontrar… y no huiré. Ahora tienes mi palabra a la cual nunca he faltado.

Los cabellos de Jacqueline de Brest rozaron los labios de Carlos Lezama mientras ella desanudaba los expertos nudos con los que los piratas franceses habían amarrado al español con la viga de madera.

Frotóse el Pirata Negra las entumecidas muñecas. Quitóse del cuello la plaquita de oro, que tendió a la corsaria bretona.

—Fue Jacqueline quien te la dio, Carlos Lezama. Guárdalo… porque su divisa es cierta. Nunca he querido a nadie… hasta que te vi.

—Es el peor de los males perder la ilusión que se tiene a una imagen soñada.

Con ruda acometida el Pirata Negro cubrió la boca de la corsaria, con su diestra mientras que con la otra mano enlazaba por la cintura hasta mantenerla quieta contra la viga de madera.

Y con expertos ademanes fue atándola con las mismas ligaduras que antes le sujetaban a él.

Cuando substituyó por una mordaza la mano que había mantenido contra los labios de la corsaria miróse sonriente la huella sangrienta que en su mano habían dejado los dientes de Jacqueline de Brest.

Ella, reducida al silencio y estática contra el madero, levantaba la frente con altiva fiereza. Sus azules pupilas irradiaban una ira sin límites.

El Pirata Negro besó la huella que los dientes femeninos habían mareado en su mano.

—Nuestro primer beso de amor, Jacqueline. Nunca pudiste suponer que mi legendaria palabra iba a ser mentirosa al empeñártela a ti. Pero faltaste de penetración, corsaria. ¿No me mentiste tú con la más cruel de las mentiras cuando me dejaste partir sin decirme que eras la corsaria bretona? Bien te dije quién era. Y aun entonces era tiempo porque no habría ido agrandándose, cuanta mayor era la distancia, la llama que traidoramente dejaste encender en mi pecho. Pero te limitaste a llorar como una damita honesta que sin poderlo remediar llora a lágrima viva su desilusión al aprender que el objeto de su naciente amor es un vil corsario.

Cogió de sobre la mesa las dos pistolas de la corsaria. Y las enfundó en su propio cinto.

—La próxima vez que puedas verme, corsaria, dispara… dispara sin reparos, que te lo agradecerá mi alma.

Quitándose el talismán pasó alrededor del cuello de la corsaria el lazo de terciopelo.

—A ninguna… si no es con mi amor entero.

Y arrodillándose besó una de las manos atadas. Púsose en pie de un salto y estalló en su característica carcajada.

—He besado la mano de una imagen que representa a una dama que se hacía llamar Jacqueline de Brest. Pero no era tu mano, corsaria. Hasta nunca.

* * *

Al extremo del corredor tres corsarios franceses adormilados aguardaban la salida de su jefe femenino.

El ronquido de uno se confundió con el gemido de otro al abatirse los dos en el suelo alcanzados por sendos culatazos. El tercero al ponerse en pie recibió la culata en plena frente.

El Pirata Negro se adosó a la pared y una sombra más en las sombras avanzó hada la galería de las mazmorras.

El cañón de las dos pistolas de la corsaria se apoyó sobre el grasiento dorso del guardián holandés.

—Avante hasta la celda del español —ordenó Lezama en «patois» portuense— llamado Miguel Henares que encadenaste hace dos días.

—¡Aquí, señor! ¡Aquí! —clamó una voz desde la vecina celda.

El puño del Pirata Negro restalló contra la mandíbula del holandés qué cayó cuan largo era soltando su manojo de llaves. Fue probándolas rápidamente el corsario hasta abrir la puerta tras la cual había sonado la voz de Miguel Henares.

—¿Tú eres el hombre que quiere ser tuteado…?

—Por María-Luz. Sí, señor. Yo soy y vos habéis escuchado mis fervientes súplicas —dijo Henares, tendiendo sus encadenados brazos.

—No hay tiempo que perder, Henares. Necesitamos dos caballos —fue diciendo mientras le quitaba las cadenas—. He dejado ya demasiadas huellas de mi paso… y esta vez nada impediría que mi cuello luciese corbata dé cáñamo o fuese afeitada por la nuez.

Vacilando sobre sus piernas hormigueantes, Miguel Henares

procuró seguir los rápidos pasos felinos del corsario.

—No puedo más, señor. Andáis tan ligero…

—¿También voy yo a tener que decirte lánguidamente que me tutees? Apóyate en mi hombro o aprisiona mi cintura. Pero saca fuerzas de flaqueza, enamorado, si quieres ver a tu criolla.

—¿Dónde está? —preguntó ansiosamente Henares, apoyándose en el hombro del Pirata Negro, que lo fue arrastrando en volandas.

—Está donde vamos a ir. ¿Sabes dónde andan las caballerizas?

—Torced… tuerce a mano derecha, señor. Allá al fondo.

Unas salvas de mosquetón estallaron repentinamente. Por el patio de porches corrieron en varios sentidos holandeses y piratas gritando imprecaciones y blandiendo sus armas.

—Van a las caballerizas. Pero llegaremos antes. Y recuerda: donde caiga muerto tu caballo será donde más cerca estará tu criolla.

Miguel Henares cabalgó con dolores en todos sus músculos e hincó con ciega resolución sus tacones en los ijares del bruto que acababa de desligar del, pesebre.

Oyó los pistoletazos con que el Pirata Negro saludaba a los holandeses que enraban en las cuadras. No pudo ver el encabritamiento del potro que montado por el corsario se alzaba sobré sus manos delanteras y con impulso de los trancos saltaba por encima de los holandeses y cruzaba a un loco galope el patio de los porches.

El Pirata Negro había empleado la cruel maniobra que usan los jinetes perseguidos cuando quieren sacar el máximo partido de sus caballos.

Inclinado sobre el cuello del noble bruto había mordido salvajemente los belfos del animal. No ofrecía así blanco a los disparos pero sobre todo al herir al potro en lo más sensible obligábale a galopar con veloz tranco continuo.

Miguel Henares espoleaba su caballo en pos del que llevaba al jinete agazapado y de capa negra flotante. Volvió una vez la cabeza y vio un considerable número de jinetes siguiéndole la pista.

No quiso mirar de nuevo y frenéticamente fue azotando con la mano abierta los flancos de su caballo. Pronto la densa vegetación de las afueras envolvió a los dos jinetes que huían.

Miguel Henares fue recobrando ánimos a medida que el camino

se hacía más empinado y era mayor la obscuridad. Se internaban ya en los montes y aunque no veía al Pirata Negro seguía con habilidad el camino que le señalaba el resonar de los cascos del potro que montaba el corsario.

Los flancos del caballo empezaron a jadear y sus belfos arrojaron sanguinolenta espuma. Divisábale a lo lejos la cima de Agujahonda.

Tres leguas más allá rodó por los suelos Miguel Henares. Doblando, los remos, el bruto acababa de desplomarse exhausto.

—¡Señor! —gritó el español—. ¡No me dejéis solo!

—No lo pienso —dijo el Pirata Negro saliendo a pie cerca del caído español—. Nuestros caballos han cumplido ya su cometido. Ahora substituyámoslos por nuestras piernas. Esta noche vas a viajar de lo lindo porque apenas lleguemos a mi barco saldremos al mar.

—¿Y ella, señor?

—Está esperándote a bordo.

—¿Nos dejarás de nuevo en una tierra que ya no halla reposo ni paz desde que a ella vino el holandés maldito?

—Tu linda prometida me embarcó en un asunto que no debía haber empezado. Pero cuando empiezo algo, suelo terminarlo así me cueste sangrarme los ojos sin dormir. Y ten calma, porque habrás de volver a tu «estancia» y en Haití reinará de nuevo el sosiego.

# CAPÍTULO X

**Un señuelo y la tormenta**

Hugues Doorn descargaba sonoros bastonazos sobre la mesa mientras dirigía la palabra a su reciente aliada.

—… Lo indudable es que escapó y tú lo dejaste escapar.

—¿Qué pretendes insinuar?

—Mis hombres afirman que el diablo negro quedó atado sólidamente por tus corsarios en el poste central del cuerpo de guardia. Entonces, ¿cómo me explicas que luego seas tú la que apareciera atada?

—Nada tengo que explicarte. Pero sí sabrás que tres de mis corsarios recibieron sendos culatazos, por lo que el Pirata Negro pudo llegar hasta las caballerizas, mientras tú descansabas blandamente en tu cama.

—A mí me sorprendió durmiendo y me ató inesperadamente que, si no, no le habría sido tan fácil escapar.

—También consiguió sorprenderme a mí con no sé qué artimaña y me amordazó impidiéndome todo grito de auxilio.

—No debía haber aceptado tu proposición de alianza. Lo único que has logrado ha sido llamar la atención de ese diablo insolente que se permitió pisotear mis tulipanes. Y he de atraparlo, como sea. ¿Cuánto oro dijiste que salió de Francia?

—Cuatro quintales de lingotes llevaba el «Jeanne-Marie» en su cala y ése es el oro que el barco del Pirata Negro atesora en su casco desde hace dos días.

—Tú eres mujer entendida en cosas de mar. ¿Dónde puede esconderse esa insolente diablo español?

—Es imposible saberlo con exactitud. La costa haitiana y la dominicana son muy recortadas y rebosan de rompientes que ocultan hondas radas abiertas en la roca. Si recorriera todos los

escondrijos con mi barco, perdería días enteros inútilmente. Si tus jinetes no hubieran sido tan torpes, no habrían perdido el rastro del Pirata Negro.

—Le vieron perderse en las montañas del sudeste. En esta zona debe, pues, de estar anclado su barco.

—El litoral sudoeste tiene más de veinte grutas naturales con suficiente calado para que anclen en ellas, no ya una nave, sino hasta cinco, sin que nadie desde el mar pueda verlas. Están los refugios de Punta Plata, golfo Egana, el risco de las Ratas, el Islote de Gonave, el acantilado de Agujahonda… ¿a qué seguir citando? Todos ellos son lugares donde en estos mismos instantes puede hallarse anclado el buque del Pirata Negro.

* * *

El «Aquilón» se reflejaba en la quieta superficie del lago interno formado por el mar en la base del acantilado horadado de Agujahonda.

Las antorchas teñían de rojo los semblantes de la tripulación, que miraban fijamente al castillete de proa, desde el cual les hablaba el Pirata Negro.

—Ha llegado el momento de que sacudáis vuestros corpachones ahítos de comida y faltos de ejercicio. He enviado ya el señuelo que atraerá a la «Corsaria Bretona», que vendrá raudamente a foguear la entrada de Agujahonda. Pero aquí, en esta rada, dentro de unos instantes sólo quedarán los cajones de oro. Sí: le regalaremos a ella, con nuestra proverbial galantería, el oro francés. No tembléis; lo que se quedará en esta cueva serán los cajones…, llenos de arena haitiana y pedruscos.

Aguardó unos segundos, y prosiguió:

—«Cien Chirlos», al mando de los artilleros de proa, zarpará, hacia el Sur y, contorneando Santo Domingo, arribará por el Norte hasta el Pasaje de las Anguilas, el escondrijo sito a dos millas a sotavento del cabo que dieta dos millas de la entrada a la rada de Port-au-Prince. Mientras, nosotros, cruzando el monte, llegaremos a la vista de la capital. Allí, divididos en grupos de cinco, atacaréis los reductos que en el plano os he marcado. En cada reducto-fortaleza hay diez holandeses; los silenciaréis con el cuchillo. No quiero gran alboroto. Y os quedaréis tranquilamente en los reductos-fortalezas

conquistados hasta que de nuevo entre en la rada de Port-au-Prince el chasqueado barco de nuestra amiga la corsaria bretona. No sólo hay que enseñarla a saber ser corsario cuando se elige esta profesión, sino que la recibiremos con salvas de honor, que los cañones de Hugues Doorn nos ahorrarán de pólvora propia. Yo la esperaré a ella en «palacio Doorn», empleando como alfombra para mis pies los rechonchos carrillos de Hugues Doorn.

* * *

Hugues Doorn pestañeó al oír la frase con la que Haal Kenskoe acababa de sacarle de su marasmo digestivo.

—¿Cómo dices? ¿Uno que viene por la recompensa de los mil florines?… Llama a la corsaria; ella conoce mejor los escondrijos de la costa, y así sabremos si los informes son ciertos.

Poco después era introducido ante Jacqueline de Brest y Hugues Doorn un pescador que vestía el atuendo marinero de los marisqueros de la costa.

—¿Cuál es tu nombre, patriota? —preguntó Rugues Doorn majestuosamente.

—Juanón, excelentísimo señor.

El holandés examinó con cierta benevolencia el rostro mofletudo y coloradote del que sabía llamarle «excelentísimo señor» con humilde reconocimiento de su valía.

—Según veo, pretendes ganarte mil florines, Juanón ambicioso. ¿Y cómo piensas ganártelos?

—Hace varios días vine a mercar hierro dúctil para mis anzuelos, excelentísimo señor. Oí el pregón, y no pensé más en él porque un pobre pescador honrado que marisquea por la costa tiene poca ocasión de conocer a estos malditos piratas del Caribe.

—¿Por qué los odias?

—Más que odiarlos, me dan miedo, excelentísimo señor. ¿Sigo hablando, con vuestra venia? Urge que sepáis que he hallado el lugar donde se oculta el Pirata Negro. Esta noche preparaba yo mis cebos, cuando vi resplandor de antorchas en el interior de la cueva de Agujahonda. Me asomé por entre la maleza y vi a los piratas que llevaban cajas de maderas sobre los hombros y las dejaban en oquedades altas que hay en la cueva, según se entra por el mar a babor. Eran cajas que debían de pesar mucho… y no eran nada

grandes, excelentísimo señor.

—¿Viste si llevaban colores o alguna insignia? —intervino de pronto Jacqueline de Brest.

—En lo poco que se me alcanza el entendimiento, ellos eran piratas, tan seguro como estoy vivo, gran señora.

—Te pregunto si las cajas de madera tenían algo especial pintado en ellas.

—Sí, sí, ahora recuerdo. Había sobre pintura negra tres cosas blancas.

—¡Los lises de Francia! —exclamó la corsaria bretona—. Este hombre merece su recompensa porque nos ha dado la exacta descripción de la gruta, donde no sólo se halla el Pirata Negro, sino también su barco y su tesoro. Págale al pescador, Doorn.

El holandés pasóse la lengua con avidez sobre los resecos labios.

—¿Cuántos quintales de oro dijiste, corsaria?

—Paga ya su recompensa a este hombre, y que nos deje solos, porque tú y yo hemos de discutir, y has de comprender el alcance del plan que pienso proponerte.

El holandés se levantó pesadamente y acercó sus labios al oído de la corsaria.

—Si le corto el cuello a ese hombre, los mil florines serán dinero de más que podremos repartirnos tú y yo.

Jacqueline de Brest miró con despreciativa burla al holandés.

—Robar a un pescador que viene a ofrecernos cuatro quintales de oro no es acción que yo consentiré, Hugues Doorn. Nos traerá mala suerte. Págale los mil florines, o será tu barco sólo el que vaya a quitarle el oro al Pirata Negro.

Con un suspiro que más parecía un quejido de dolor, Hugues Doorn llamó a Haal Kenskoe y le señaló a Juanón.

—Mil florines a este hombre. Págaselos en la otra sala.

—No. Aquí delante de mí, Kenskoe —exigió la corsaria bretona —. Aborrezco a los mercaderes que no saben ser honrados cuando se vuelven granujas. Cumplid vuestras promesas.

Cuando Juanón, agitando alegremente la bolsa de florines abandonó el «palacio Doorn» después de recitar, sin equivocarse, la lección que le había enseñado el Pirata Negro, Jacqueline de Brest expuso a los dos holandeses su proyecto.

—Zarpo inmediatamente hacia Agujahonda. Fogueando la

entrada, reduciré repentinamente con mis hombres a la impotencia al Pirata Negro y a sus corsarios. Y traeré aquí el oro para repartirlo.

Hugues Doorn acariciose el grasiento mentón y miró de reojo a Haal Kenskoe, que hacía enérgicos ademanes negativos con la cabeza.

—¿No vamos a medias en el reparto, corsaria? —expuso calmosamente Hugues Doorn—. Iremos también a medias en el riesgo.

—¿Desconfías, acaso, de mi?

—Todavía no, pero, por si acaso, es preferible no reñir nunca. ¿Cuántos son tus hombres?

—Setenta.

—Cuarenta de ellos, con cuarenta de mis holandeses, a bordo de mi barco. Y tú y yo aguardaremos aquí el reparto. Manda a tus hombres de más confianza, y yo mandaré a Haal Kenskoe con ellos y los míos. ¿No te place mi sensata oferta?

—Sí, y la acepto. Es, quizá, preferible que nunca más vuelva a ver al Pirata Negro.

* * *

El toque de queda sonó a las diez de la noche, y hasta las seis de la mañana no volvieron a repicar los tambores anunciando que los haitianos podían salir ya a la calle.

En los distintos reductos fortificados dormían confiadamente los holandeses de guarnición. Sabían ya que el hacha del verdugo había impuesto un saludable temor y que ningún haitiano osaría salir a la calle hasta las seis de la mañana.

El primer arcabuzazo de alarma sonó en un reducto, pero tardíamente, porque, en simultáneo ataque, salieron de las sombras los distintos grupos de corsarios del Pirata Negro, y sus armas blancas silenciaron rápidamente la resistencia enemiga.

* * *

Los treinta corsarios bretones que habían quedado a bordo del velero de Jacqueline de Brest acudieron a la borda al oír el arcabuzazo disparado desde un reducto holandés.

Uno de los corsarios disparó al aire desde el anclado buque, en espera de respuesta, y, al no obtenerla, quitó la culata del arcabuz de su horquilla y comentó, tranquilizado:

—Algún torpe holandés que se habrá apoyado sobre el gatillo medio adormilado. ¡Ojalá la bala le haya levantado los sesos!

* * *

Haal Kenskoe quedóse prudentemente a bordo mientras asistía al silencioso desembarco de los cuarenta corsarios bretones a cuya zaga iban cuarenta holandeses.

Fue haciendo cálculos mentalmente mientras los desembarcados se aproximaban a la base de entrada del acantilado de Agujahonda pisando tenuemente sobre la arena.

Sonó la estruendosa y ensordecedora salva general con la que las culebrinas transportadas y los arcabuces pretendían arrasar por repentina sorpresa el barco que creían anclado en la rada interior de la cueva.

Oyó luego Kenskoe los gritos enardecidos con que los corsarios bregones y los holandeses entraban corriendo en la gran gruta…, y continuó calculando el valor que en Amsterdam tendría en aquellos instantes un ramo de oro.

Las sordas imprecaciones de furor que de la cueva brotaron las achacó Haal Kenskoe a los sorprendidos y agonizantes corsarios del Pirata Negro.

Fue él quien pronto se desató en sordas imprecaciones de furor cuando oyó las precipitadas palabras del cabecilla holandés:

—¡Habían huido! Nadie en la cueva, y los cajones… están llenos de arena.

* * *

Hugues Doorn bostezó sin reparos, extendiendo sus cortos brazos rechonchos. Frente a él, la corsaria bretona parecía sumida en hondas reflexiones poco agradables, a juzgar por su rostro entristecido. Apoyaba la barbilla sobre la palma de la mano, mirando con fijeza el fuego que entibiaba la vasta sala-comedor.

—¿Piensas en tus amores, francesa? —preguntó, socarrón, el aventurero holandés.

Ella, silenciosamente, se levantó y cruzó la habitación.

—¿Dónde vas?

—A pasear por las calles desiertas, hasta que no llegue tu barco no veo por qué razón he de soportar tu grosera presencia.

El holandés rió regocijado al ver salir a la altiva bretona.

—Esta corsaria se da ínfulas de gran dama —murmuró.

Y, cruzando las manos sobre el estómago, aguardó la llegada de Haal Kenskoe, portador del cargamento de oro.

En medio de sus ronquidos y en la inconsciencia del sueño, figuróse estar bajo los efectos de una pesadilla.

Sentía enroscarse alrededor de su cuerpo los anillos de una serpiente… No, aquello era el pabellón de la corsaria bretona. Pero ¿cómo era que en su cintura notaba una opresión aguda y molestísima?

Chasqueando el paladar y prometiéndose no comer de noche con tanta abundancia, abrió los ojos. E hincháronse las venas de su cuello al percibir alrededor de su cuerpo y brazos la correa de un látigo que le sujetaba, inmovilizándole, por la presión del mango en torniquete, sobre su espalda.

—¡Ward, kammen sic Ward! —gritó con robusta voz, llamando en holandés a los centinelas.

—Te vas a desgañitar, requesón. Tienes una magnífica voz de barítono que estás prodigando inútilmente. Tus ward, que, supongo serán tus guardias, están, los pobres, en un mundo mejor —y, reclinándose contra el sillón donde antes se había sentado Jacqueline de Brest, el Pirata Negro cruzó los brazos.

—¡Insolente corsario! —barbotó Hugues Doorn—. Quieres atemorizarme, pero esta vez no te escaparás. Mis centinelas acudirán y…

—Sí: acudirán a recibirte a las puertas, del infierno. Porque tú morirás al alborear el día, Hugues Doorn. No a mis manos, que se mancharían con tus grasas malignas. Puedo anticiparte sin el menor temor lo que va a suceder.

Y el Pirata Negro sentóse en el sillón, colocando sus botas sobre la mesa.

—Mis corsarios han apostado todas las piezas de artillería en la misma playa, ocultándolas con follaje y enramadas. Aguardarán con risueño semblante la entrada en Agujahonda del barco, que has

mandado por arena, y le recibirán con una andanada general. Mis artilleros no fallan el blanco cuando mi «Aquilón» cabecea rabioso sobre las olas; conque ya puedes suponerte lo que le pasará al barco, que entrará en la rada creyendo llegar entre amigos.

—Los soldados de mis reductos…

—¡Calla, gordinflón! No llames soldados a tu banda de asesinos forajidos, que se abalanzaron sobre un indefenso pueblo, cometiendo mil horrores. Ya no existen; todos han sido pasados a cuchillo por mis hombres. Puedes comprobarlo gritando cuanto quieras. No queda un solo holandés en Port-au-Prince. Miento; quedas tú, que esta mañana colgarás de una buena horca en medio de la Plaza Mayor de esta ciudad, Dejaré que los haitianos se las entiendan contigo.

Por vez primera apareció en los ojillos pálidos del holandés el miedo que empezaba a invadir su ánimo.

—Te dejo el dominio de Haití, pirata. Quédate tú dueño de la ciudad. Pero, a mí, ¿por qué me has de entregar a ellos? Tú y yo nada tenemos en contra, y sí somos iguales y tenemos mucho en común.

Carlos Lezama se puso en pie repentinamente y su diestra se alzó. Se contuvo y rió con rictus amargo.

—Sólo tenemos de común el que somos dos ladrones, sapo asqueroso. Pero es preferible que oigas la música que se inicia. Cada cañonazo que ahora oyes, acorta en minutos lo que te queda de existencia.

* * *

Cuando el barco holandés entraba en el puerto de Port-au-Prince enfilando majestuosamente la ancha boca de la rada, sus tripulantes no se imaginaban que los sagaces y agudos ojos de unos expertos artilleros disponían con toda parsimonia, el reglaje del tiro.

Y la deflagración que barrió los aires, llenando de humo y pólvora la rada, despertó instantáneamente a todos los haitianos, que, precipitando a sus ventanas, vieron con pasmo cómo el incendiado galeón dé Hugues Doorn vomitaba llamaradas y explosiones por su Santa Bárbara alcanzada.

El mar había engullido a los cadáveres de los tripulantes accidentales y de los holandeses del galeón, porque la explosión de

la Santa Bárbara había barrido las cubiertas, ayudando el tiro rasante de las piezas de artillería de los corsarios del Pirata Negro.

Y ahora el «Flyng» levantaba la pesada popa, hundiéndose de proa lentamente.

No eran aún las seis de la mañana, pero, exponiéndose a todo, los haitianos salieron a las calles, procurando averiguar qué era lo que ocurría.

Vieron también como, velas desplegadas, el velero bretón salía velozmente del puerto, abandonando la rada.

* * *

Un numeroso grupo de haitianos se congregó bajo la ventana del «palacio Doorn», donde en otras ocasiones salía el adiposo holandés a mirar con majestuoso desprecio la ciudad extendida a sus pies.

Un grito se elevó en la muchedumbre al ver aparecer en el balcón la ágil silueta del Pirata Negro.

—Port-au-Prince vuelve a ser vuestro, haitianos. Y aquí, detrás de mí os está aguardando Hugues Doorn… ¡Subid por él! Es mi regalo para festejar como es merecido este día.

* * *

Los cuarenta y cinco piratas de Carlos Lezama oyeron sus reproches con apesadumbrado semblante.

—¡Magnifico!, habéis hundido maravillosamente bien el galeón «Flying» del holandés. Y en cambio venía a decirme que la corsaria bretona ha escapado con su propio barco. ¿Por qué no tirasteis sobre ella y su velero, bribones bergantes?

—Nos… nos dijiste, señor que solamente debíamos hundir el barco que vendría por sotavento en la singladura de Agujahonda.

—Es cierto; eso dije, pero ¿ignoráis lo que es tener alguna vez iniciativa, bellacos? Esa palabra no os suena, ¿verdad? Bien, pues iniciativa significa montar a caballo y galopar hasta el Pasaje de las Anguilas, donde «Cien Chirlos» espera. Quizá sea aún tiempo de alcanzar el velero bretón.

* * *

Los piratas salieron de las caballerizas del «palacio Doorn»

galopando a todo tren.

Los pañuelos flameaban despidiendo a los hombres del Pirata Negro.

Pero ellos sólo atendían a sacar el máximo de resultado de sus cabalgaduras.

Solamente una vez el Pirata Negro volvióse para ondear la mano en el aire. Y, complacido, vio colgar de una horca la grasienta silueta de Hugues Doorn, el hombre de los tulipanes.

* * *

El cielo encapotado y negruzco era surcado de vez en cuando por relámpagos que zigzagueaban rayando el espacio con luminosa estela. Los truenos estallaban redoblando gigantescos tambores y las olas, altas y oleaginosas, barrían la cubierta del «Aquilón», lanzado a toda vela en pos de la lejana silueta del velero bretón, en el que huía Jacqueline de Brest con sus treinta hombres restantes.

Tichli, el hercúleo piloto cubano, se aferraba al timón con todas sus fuerzas. A su lado, el Pirata Negro aspiraba con deleite el salitre que empapaba su desnudo pecho.

Una nueva ola barrió la cubierta, y el Pirata Negro se agarró con las dos manos a la barra del timonel.

—Se ha encrespado la buena moza —dijo el Pirata Negro—. Creo que quiere ser un presagio, Tichli. Está furiosa…, ¡y es tan bonita cuando se enfada!… Hablo de las dos, ¿sabes, Tichli? De la mar y de Jacqueline.

Una densa lluvia obscureció aún más el horizonte. La cortina de agua empezó a fluir del cielo obscuro con verdaderos torrentes de azotes líquidos que repicaban sobre cubierta.

—La tormenta acude en su auxilio, Tichli. Aunque no sé en auxilio de quién acude, porque entré tú y yo voy a confesarte un secreto. No sé si la perseguía para hundir su barco y darla a ella la redentora sepultura de las olas…, o la perseguía para arrodillarme ante ella y besar sus manos.

El fragor de la tormenta estaba en su pleno. A un cuarto de milla del «Aquilón» no se percibía el mar.

—Se fue…, Tichli. Y demos gracias a la tormenta, porque en ella se ha esfumado mi bella corsaria.

**FIN**



Pedro Víctor Debrigode Dugi (1914 - 1982) es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca. Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por

primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria. Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron *Peter Debry* —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y *Arnaldo Visconti* —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P. V. Debrigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.